8073

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL PACTO DE SANGRE.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

Brasil

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

27

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Garcia de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Malága	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	»

EL PACTO DE SANGRE,

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO DEL QUE ESCRIBIÓ EN FRANCÉS **M. JULES BRÉSIL**

CON EL TITULO DE LES ŒUVRES DU DEMON.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PERSONAS.

ACTO PRIMERO.

EL CAPITAN VANDERGRAECF.
BACKINSON.
JACOBO DICKORLEY.
HORNEYSTALL.
MELCHOR, judio.
EL MAYOR WALKER.
WILIAM STORN.
GORINGTON.
TURNER.
ANA, mujer de Jacobo.
Hombres del pueblo.

PERSONAS DE LOS ACTOS II, III, IV Y V.

EL RUART VANDERGRAECF.
EL CONDE HORNER (Backinson.)
JACOBO, secretario del Conde.
WILFREDO, hijo adoptivo del Ruart.
OWERTEN, abogado..
MATIAS, criado de Horner.
UN CARCELERO.
BATILDE.
MARIA, hija del Ruart.

La propiedad de este drama pertenece á los Señores Gullon y Regoyos, Directores de la Galeria lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una encrucijada de Lóndres. A la derecha del actor una casa baja de escasas dimensiones, que se pierde entre bastidores, y donde habita Jacobo: delante una puerta, dos ventanas que dan frente al público, la una cerrada con cristales, la otra situada en un término mas lejano, y por la cual se ve el resplandor de una luz; al pie de esta ventana se vé un banco de piedra; en el mismo plano un árbol añejo, cuyo espeso follaje cubre la casa. Al otro lado de la escena, taberna, á cuya puerta se hallan los personajes siguientes.

ESCENA PRIMERA.

TURNER, GORINGTON, WILIAM, STORN.

GORING. No hay que reirse, vecinos; os repito que mi mujer ha tenido fruto de bendicion: la hermosa Luisa ha venido al mundo el mismo dia que el hijo de Jacobo el calcetero. Hoy hace justamente seis semanas.

WILIAM. Pues no ha sido poca fortuna á vuestra edad, maese Gorington.

GORING. Eso digo yo; y si he de hablar francamente, no sé cómo diablo le ha dado á mi mujer á estas horas la ocurrencia de hacerme padre. Yo creo que es obra de milagro.

608217

TURNER. Entonces, ¡á la salud del que ha obrado el prodigio! (*Beben.*)

GORING. Y á la de mi hermosa Luisa. (*Se oye el sonido de algunos clarines: los tres personajes se detienen y escuchan con atencion. Atraviesan por la encrucijada algunos hombres atraidos por el sonido de los clarines.*)

UNA VOZ LEJANA. Oid todos, ciudadanos ingleses, habitantes de Lóndres: hoy 15 de marzo de 1655 la cámara alta, convocada para juzgar á los traidores, ha puesto á premio por la suma de 500 guineas la cabeza de Wiliam Walker, que se ha fugado de la Torre, y declara traidor al Estado al que se atreva á dar asilo al reo. (*Suenan de nuevo los clarines: las gentes del pueblo que han acudido á oir el pregon vuelven á atravesar la escena, conversando con mucha animacion: los tres personajes se vuelven á sentar á la mesa.*)

GORING. ¡Dar asilo al reo! ¡Zape! No seré yo quien tal haga.

WILIAM. Ni el calcetero que vive en esa casa: yo lo fio.

TURNER. ¿Por qué?

WILIAM. ¿No sabeis que es enemigo mortal del mayor Wiliam Walker, cuya cabeza acaban de pregonar?

TURNER. ¿De veras? ¿Pues qué tiene él que ver con el mayor?

WILIAM. Os lo voy á decir: antes de tomar el oficio de calcetero, Jacobo Dickorley sirvió en el regimiento del mayor.

GORING. (*Recapacitando.*) ¡Ah! ya caigo: si, su mujer se lo contó una vez á la mia: si mal no me acuerdo, riñeron porque Jacobo tuvo sospechas de que el mayor trataba de seducir á su esposa.

WILIAM. Cabal: de las palabras pasaron á las obras, y resultó que Jacobo fué degradado por la propia mano del mayor.

TURNER. ¡Toma! De ese modo ya comprendo el odio que le profesa el calcetero, y creo que no dejará de ir á Tyburn el dia que decapiten á Walker.

GORING. ¿Decapitar? ¿Y quién decapita? ¿Dónde encontrais verdugo ahora que los partidarios de Stuardo han mandado asesinar á dos de ellos en quince dias?

TURNER. Tiene razon Gorington. ¿Quién se atreverá á aceptar el oficio de verdugo, que equivale en el dia á una sentencia de muerte? No seria capaz de hacerlo el último carnicero de Southwark ni el maton mas atrevido de Lóndres. Y si no, ya veis cómo se han hecho los sordos al pregon, á pesar de la respetable cantidad que se

ofrece al que acepte.

WILIAM. Pues debe hallarse muy apurado el protector, que tanta prisa tiene de enviar al otro mundo á los realistas que caen en sus manos.

GORING. A fé mia, vecinos, que no sé en qué han de venir á parar estas cosas.

WILIAM. Ni nos importa, porque vivimos en un tiempo que no es bueno mezclarse en los negocios públicos: lo mejor que podemos hacer es meternos cada cual en su casa. (*Se oyen voces lejanas.*)

TURNER. Y cuanto antes mejor, porque á lo que veo está el dia tempestuoso. Adios, maese Gorington.

GORING. Hasta la vista: me refugio en mi taberna. (*Se lleva los cacharros. Wiliam, Storn y Turner se van por el fondo á tiempo que atraviesan la encrucijada una multitud de sediciosos gritando: Muera Cromwell!*)

BACKINSON Y DETRAS ALGUNOS AGENTES. (*A uno de ellos.*) Meteos entre la muchedumbre y tomad nota de los sediciosos. (*A otro.*) Dad aviso al capitan del cuerpo de guardia de la Redencion. (*A otro.*) No perdais de vista á Peterghill. (*A otro.*) Seguid donde quiera que vaya á Jorge Britt. (*Salen todos los agentes. Backinson se acerca á la ventana de casa deJ acobo.*) Está sin duda jugando en la taberna.... perfectamente. (*Sale.*)

ESCENA II.

VANDERGRACEF, MELCHOR. *Este encuentra á Backinson en el fondo, y oculta el rostro en el embozo de la capa: despues se dirige al proscenio con Vandergraecf.*

MEL. (*Ap., siguiendo con la vista á Backinson.*) No me ha visto. (*Señalando con el dedo la casa de Jacobo.*) Hemos llegado, capitan.

VAND. ¿Sabes de positivo que la mujer de ese calcetero ha dado á luz una criatura hace algunas semanas?

MEL. Y una criatura del sexo masculino, que es la que os hace falta.

VAND. ¿Qué quereis decir con eso?

MEL. Señor capitan, no es necesario ser brujo para adivinar el motivo de vuestra visita á la mujer de Jacobo. Ya sé que hallándose atacada vuestra señora esposa de una

fiebre mortal, exige sin cesar que le enseñen á su hijo, de quien era nodriza mi mujer; exigencia que no puede realizarse atendido á que el niño ha muerto en mi propia casa. En esto me preguntais si conozco á una mujer pobre que haya dado á luz un niño hace algunas semanas: comprendo en el acto que para salvar la vida á vuestra esposa deseais presentarla un niño cualquiera, haciéndola creer que es el vuestro, y sin mas averiguaciones os conduzco á esta casa, donde hallareis lo que os hace falta.

VAND. Pues bien, ya que has adivinado mi proyecto, entra en casa de esa buena mujer y procura conseguir que te siga con su hijo á bordo de mi buque. Lo único que le pido es que deje á la pobre madre en el error de que su hijo es el mio, hasta que se restablezca de su enfermedad.

MEL. Y cuando se halle restablecida ¿qué hareis? ¿qué le di reis á vuestra esposa?

VAND. ¡Oh! no será posible ocultarle por mucho tiempo la fatal realidad; pero al menos que no la sepa hasta que se halle fuera de peligro.

MEL. Se me ocurre una idea. Si quereis adoptar al niño, yo me encargo de convencer á su madre á que os lo ceda.

VAND. ¿Qué dices?

MEL. Esa familia se halla en la mayor miseria, y sacrificando una regular cantidad podreis comprar el niño: de este modo asegurais la vida y la tranquilidad de vuestra esposa.

VAND. Creo que lo que me proponeis no será posible; pero al menos habré apurado todos los medios, y no tendré que reconvenirme de haber andado remiso en cosa que tanto me interesa. Toma oro y procura conseguir un buen resultado. Habla con esa pobre mujer y participala que soy el capitan Vandergraecf, comandante del brick de guerra holandés *El príncipe de Orange.* Dila que cuando quiera podrá ir á Holanda á ver á su hijo, que yo me encargo de educarle y hacer la felicidad de su familia, y que en cambio solo exijo de ella el silencio. ¿Dónde te espero?

MEL. En mi casa dentro de una hora.

VAND. No faltaré. (*Sale.*)

ESCENA III.

MELCHOR, *sentándose en el banco situado á la puerta de caso de Jacobo.*

¡Magnífico bolson! Digo, y lo menos contiene doscientas guineas, que es una respetable cantidad. ¡Qué tentacion para un pobre hijo de Israel!... ¡Ea, Melchor, desecha tan mal pensamiento!... (*Despues de una pausa.*) ¿Y por qué lo he de desechar? ¿No he tenido otros acaso peores y no me han asustado? ¿Por qué he de echarla ahora de hipócrita y escrupuloso?... Nadie me ve; nadie me oye: estoy enteramente solo, y puedo apoderarme de las doscientas guineas... ¿Pero y si lo llegase á saber mi amo, el agente Backinson? Ello es verdad que no es hombre muy escrupuloso, y en sus momentos de buen humor él mismo confiesa que da el alma al diablo tres veces al dia. (*Se levanta.*) Señor capitan, vuestro será el niño, ya que lo habeis pagado; pero las guineas no saldrán de mi bolsillo... Esta noche, cuando duerma la familia de ese borrachon de Jacobo, le robaré el niño. (*Se oyen voces lejanas.*) ¿Qué voces son esas? Gritan á las armas: ¡ah, si! esos malditos realistas vuelven á hacer de las suyas. No olvidemos que soy uno de los satélites del agente Backinson, á quien he encontrado hace poco en esta plaza, y que no me ha visto afortunadamente para mis doscientas guineas. ¡Ea! Melchor: la noche será completa y productiva, y luego podrás ir á emborracharte á tu placer con tu señora esposa. (*Cruzan la escena algunos individuos gritando:* Muera Cromwell. *Melchor se agrega á la muchedumbre y desaparece con ella.*)

ESCENA IV.

ANA, *despues* HORNEYSTALL.

ANA. (*Saliendo precipitadamente de su casa.*) Aun se oyen gritos... y Jacobo no vuelve. ¡Ah! Dios mio, haced que no tome parte en esa rebelion. (*Se dirige hácia el fondo y se encuentra con Horneystall.*) ¡Padre mio! ¡Ah! ¿Sois

HORN. Si, te compadezco, Jacobo.

JACOBO. ¡Oh! gracias, gracias, padre mio, porque vos habeis comprendido que no nací para el vicio y el desórden: gracias porque no me desprecias.

ANA. ¡Pobre Jacobo!

JACOBO. Si, dices bien: ¡pobre Jacobo! porque Dios puso en mi corazon algunas chispas de esa llama que brilla en los hombres de genio, y con ella hubiera podido llegar á una posicion honrosa; pero la suerte y la fatalidad siempre se complacieron en disipar mis sueños. He buscado todos los senderos que conducen á una vida honrada y laboriosa, y siempre se ha levantado á mis pies un obstáculo invencible. A cada puerta donde llamé creí oir la voz del destino que me decia: te he dado la inteligencia necesaria para que puedas hacer tu fortuna; pero es mi voluntad que vivas pobre y oscuro. Cansado de luchar con mi mala estrella, me dí por vencido, y para burlarme á mi vez de la suerte, tomé el oficio de calcetero: ¿comprendeis? de calcetero, para que la realidad fuese la mas completa irrision de mis dorados sueños. En una palabra, no habiendo podido conseguir la celebridad por medios honrosos, me lancé por una senda vergonzosa para llegar á la fortuna: me dí al juego, y bien pronto de exceso en exceso, de taberna en taberna vine á parar al fondo del abismo. ¡Gracias á mi fatal estrella, me veo á los treinta años viejo, con el corazon seco y la cabeza vacia: nada me queda, nada, sino el horror que me causa la vida!

ANA. ¡Ah Jacobo, tranquilízate por Dios!

HORN. Ana, no se ha perdidido todo. Jacobo, ahoga esa fea pasion que te domina.

BACKIN. (*Atravesando el teatro.*) No está solo. (*Se supone que divisa á alguien entre bastidores, y desaparece.*)

JACOBO. (*A Horneystall.*) ¡El juego! ¡Ah! Vos no sabeis quién me inspiró esa resolucion desesperada.

ANA. Ana la bohema.

JACOBO. Si, ella fué quien me predijo la fortuna por ese medio.

HORN. ¿Y un hombre como tú cree en esas patrañas?

JACOBO. ¡Ah, padre mio! La desgracia nos hace crédulos, y yo he adquirido la conviccion de que existen influencias misteriosas, infernales, que arrastran á ciertas criaturas abandonadas de Dios.

HORN. Jacobo, no te dejes llevar de ese pernicioso error: la fatalidad es una invencion humana y una excusa de los débiles y de los malvados. No, la fatalidad no existe, Jacobo: ninguna criatura humana está predestinada al infortunio: ningun hombre ha sido formado para el mal; la fatalidad está en la molicie de nuestros sentidos y en la debilidad de nuestro corazon.

ANA. Si, Jacobo, no des crédito á las predicciones de aquella mujer: vuelve al seno de tu familia, esposo mio, y nosotros disiparemos esas quimeras á fuerza de cariño y de ternura. La única magia de la vida consiste en hallar la felicidad por medio de la honradez y en cumplir con nuestros deberes al lado de las personas que nos aman.

JACOBO. Tus palabras consoladoras y persuasivas devuelven la paz á mi corazon. ¡Oh, gracias, Ana mia, gracias!

HORN. Ahora, Jacobo, espero que rehusarás de hoy mas el oro de ese extraño personaje que te favorece misteriosamente.

JACOBO. ¡Cómo! ¡Sabeis!...

HORN. Si, lo sé todo: Ana me ha dicho que un hombre que te es completamente desconocido, se ha encargado de atender á las pérdidas que has hecho en el juego, á trueque de participar de las ganancias.

JACOBO. Es verdad, pero no volveré á ver á ese hombre.

HORN. Dime, Jacobó, ¿no te ofrecian un empleo en Oxfort?

JACOBO. Y lo acepto, si es tiempo todavia.

HORN. ¡Ah! Cumple tus promesas, Jacobo, y aun renacerá la felicidad para nosotros.

JACOBO. ¡Ojalá!

HORN. Y ahora te dejo, porque la noche ha cerrado completamente: retírate con tu mujer, y si necesitas combatir tu malhadada pasion, llama en tu auxilio la imágen de Batilde, de tu hija, que algun dia podria ruborizarse de llevar el nombre de su padre, y de tu hijo, que se halla todavia en la cuna.

JACOBO. Id descuidado, padre; yo os prometo seguir vuestros consejos: mañana mismo marcharé á Oxfort: no quiero vivir por mas tiempo en Lóndres.

HORN. Bien, bien, hijo mio: persevera en tan honrado propósito: adios, adios, Ana.

JACOBO. No consentiré que os vayais solo, padre mio; voy á

HORN. Si, te compadezco, Jacobo.

JACOBO. ¡Oh! gracias, gracias, padre mio, porque vos habeis comprendido que no nací para el vicio y el desórden: gracias porque no me desprecias.

ANA. ¡Pobre Jacobo!

JACOBO. Si, dices bien: ¡pobre Jacobo! porque Dios puso en mi corazon algunas chispas de esa llama que brilla en los hombres de genio, y con ella hubiera podido llegar á una posicion honrosa; pero la suerte y la fatalidad siempre se complacieron en disipar mis sueños. He buscado todos los senderos que conducen á una vida honrada y laboriosa, y siempre se ha levantado á mis pies un obstáculo invencible. A cada puerta donde llamé creí oir la voz del destino que me decia: te he dado la inteligencia necesaria para que puedas hacer tu fortuna; pero es mi voluntad que vivas pobre y oscuro. Cansado de luchar con mi mala estrella, me dí por vencido, y para burlarme á mi vez de la suerte, tomé el oficio de calcetero: ¿comprendeis? de calcetero, para que la realidad fuese la mas completa irrision de mis dorados sueños. En una palabra, no habiendo podido conseguir la celebridad por medios honrosos, me lancé por una senda vergonzosa para llegar á la fortuna: me dí al juego, y bien pronto de exceso en exceso, de taberna en taberna vine á parar al fondo del abismo. ¡Gracias á mi fatal estrella, me veo á los treinta años viejo, con el corazon seco y la cabeza vacia: nada me queda, nada, sino el horror que me causa la vida!

ANA. ¡Ah Jacobo, tranquilízate por Dios!

HORN. Ana, no se ha perdidido todo. Jacobo, ahoga esa fea pasion que te domina.

BACKIN. (*Atravesando el teatro.*) No está solo. (*Se supone que divisa á alguien entre bastidores, y desaparece.*)

JACOBO. (*A Horneystall.*) ¡El juego! ¡Ah! Vos no sabeis quién me inspiró esa resolucion desesperada.

ANA. Ana la bohema.

JACOBO. Si, ella fué quien me predijo la fortuna por ese medio.

HORN. ¿Y un hombre como tú cree en esas patrañas?

JACOBO. ¡Ah, padre mio! La desgracia nos hace crédulos, y yo he adquirido la conviccion de que existen influencias misteriosas, infernales, que arrastran á ciertas criaturas abandonadas de Dios.

HORN. Jacobo, no te dejes llevar de ese pernicioso error: la fatalidad es una invencion humana y una excusa de los débiles y de los malvados. No, la fatalidad no existe, Jacobo: ninguna criatura humana está predestinada al infortunio: ningun hombre ha sido formado para el mal; la fatalidad está en la molicie de nuestros sentidos y en la debilidad de nuestro corazon.

ANA. Si, Jacobo, no des crédito á las predicciones de aquella mujer: vuelve al seno de tu familia, esposo mio, y nosotros disiparemos esas quimeras á fuerza de cariño y de ternura. La única magia de la vida consiste en hallar la felicidad por medio de la honradez y en cumplir con nuestros deberes al lado de las personas que nos aman.

JACOBO. Tus palabras consoladoras y persuasivas devuelven la paz á mi corazon. ¡Oh, gracias, Ana mia, gracias!

HORN. Ahora, Jacobo, espero que rehusarás de hoy mas el oro de ese extraño personaje que te favorece misteriosamente.

JACOBO. ¡Cómo! ¡Sabeis!...

HORN. Si, lo sé todo: Ana me ha dicho que un hombre que te es completamente desconocido, se ha encargado de atender á las pérdidas que has hecho en el juego, á trueque de participar de las ganancias.

JACOBO. Es verdad, pero no volveré á ver á ese hombre.

HORN. Dime, Jacobó, ¿no te ofrecian un empleo en Oxfort?

JACOBO. Y lo acepto, si es tiempo todavia.

HORN. ¡Ah! Cumple tus promesas, Jacobo, y aun renacerá la felicidad para nosotros.

JACOBO. ¡Ojalá!

HORN. Y ahora te dejo, porque la noche ha cerrado completamente: retirate con tu mujer, y si necesitas combatir tu malhadada pasion, llama en tu auxilio la imágen de Batilde, de tu hija, que algun dia podria ruborizarse de llevar el nombre de su padre, y de tu hijo, que se halla todavia en la cuna.

JACOBO. Id descuidado, padre; yo os prometo seguir vuestros consejos: mañana mismo marcharé á Oxfort: no quiero vivir por mas tiempo en Lóndres.

HORN. Bien, bien, hijo mio: persevera en tan honrado propósito: adios, adios, Ana.

JACOBO. No consentiré que os vayais solo, padre mio; voy á

acompañaros.

ANA. No olvides que te espero, Jacobo.

JACOBO. El pecador absuelto no olvida nunca á su Dios. Hasta luego. (*Sale con Horneystall.*)

ANA. Gracias, Dios mio; gracias á vos que me habeis devuelto á mi esposo. (*Entra en su casa y al mismo tiempo aparece Backinson por el callizo de enfrente.*)

ESCENA VI.

BACKINSON.

Si, tienes razon, Jacobo Dickorley, tienes razon: hay influencias misteriosas que nos arrastran de una manera invencible. Si, ¿no son ellas las que me inspiran este afan de subir á las altas regiones de la sociedad? ¿No son ellas las que incesantemente me impelen hácia ese objeto con tanto ardor deseado?... ¡Oh! yo llegaré, yo llegaré á toda costa: aun no soy mas que un agente subalterno; paciencia: Cromwell es un amo inflexible, pero generoso para quien bien le sirve. Pues bien, ó yo me engaño mucho ó Jacobo el escritor, Jacobo el soldado, Jacobo el calcetero, á quien el juego degrada mas de dia en dia, no tardará en caer en la red que le he tendido para el mejor servicio de Cromwell, mi poderoso señor... Pero sin duda vuelve Jacobo: que no eche de ver que le esperaba. (*Se dirige hácia la puerta de casa de Jacobo y se dispone á llamar. Sale Jacobo.*)

ESCENA VII.

BACKINSON, JACOBO.

JACOBO. ¿Qué haceis ahí? ¿Quién sois?

BACKIN. ¿Qué hago? Llamo á la puerta. ¿Quién soy? Apuesto á que no has olvidado tan pronto el sonido de mi dinero como el de mi voz. ¿Me conoces ahora? (*Haciendo sonar una bolsa.*)

JACOBO. Guardaos el dinero: no quiero arruinaros.

BACKIN. ¿Y qué te importa que me arruine?

JACOBO. Nada, pero me importa el no aceptar obsequios cuyo

orígen no conozco: por último, caballero, ¿quién sois?

BACKIN. Oscuro como tú y como tú ambicioso, y quiero servirte sirviéndome á mí mismo. Necesitaba un hombre que hubiese probado inútilmente todos los medios de hacer fortuna, y te encontré en el momento mas favorable para asociarte á mis proyectos: desde entonces te seguí á todas partes y procuré estudiar tus costumbres y tus pasiones: eras jugador y te proporcioné todo el oro que te fué necesario para enajenarte en el vicio. Mi perseverancia fué tanta como tu mala suerte; pero al fin consideré que un hombre como tú no debia vivir sepultado en un rincon de Lóndres, cuando por otro medio podia conseguir fortuna y celebridad.

JACOBO. ¿Celebridad?

BACKIN. Sé que odias á los hombres y que los odias con razon; pues bien, ¿quieres vengarte de esa raza injusta que no te ha concedido nunca lo que tenias derecho á esperar?

JACOBO. ¡La venganza! ¿Y es esa la celebridad que venis á ofrecerme? Dejadme, caballero; quiero echar un velo sobre mi vida pasada y olvidar lo que he sido hasta ahora: dejadme, dejadme vivir en la oscuridad.

BACKIN. ¿Y no quieres ocupar tu sitio en esa sociedad que te ha arrojado de su seno?

JACOBO. Si el cielo permite que algun dia ocupe un lugar en ella, no será por medio del escándalo y del crímen; no, caballero; el arrepentimiento y el trabajo son los medios mas nobles y mas seguros: de hoy en adelante esas serán mis armas y mi venganza.

BACKIN. Piénsalo bien: tú no querrás que el eco de una taberna repita tu último suspiro, y que un puñado de hombres abyectos pronuncien tu oracion fúnebre con el vaso de cerveza en la mano: eso seria vergonzoso para tí, que has tenido en otro tiempo tan ambiciosos proyectos.

JACOBO. ¡Dejadme, dejadme!

BACKIN. En cambio de eso te ofrezco el medio mas seguro de alcanzar el porvenir que te ofrecieron las halagüeñas ilusiones de la juventud. Toma esta bolsa; prueba otra vez fortuna, y quizá mañana saldrás de la taberna con el dinero suficiente para levantar un palacio.

JACOBO. ¡Callad, callad por favor!

BACKIN. Y al despertar tu desgraciada y mísera familia podrás ofrecerla una asistencia tan suntuosa, tan brillante, que creerá encontrarse todavia bajo el influjo de un sueño.

JACOBO. ¡La riqueza y el bienestar para mis hijos!

BACKIN. Y la gloria para tí.

JACOBO. (*Exaltado.*) ¡Dame, dame ese oro! Corro á la taberna, porque conozco que con eso he de recobrar lo que he perdido... Adios.

BACKIN. Todavia no: antes de irte es preciso que sepas el precio que pongo á mis beneficios.

JACOBO. (*Admirado.*) ¡Cómo! ¿Entonces es una venta lo que me proponeis?

BACKIN. Justamente.

JACOBO. ¿Qué exigis de mí?

BACKIN. (*Sacando un pergamino.*) Firma este pacto con el Estado.

JACOBO. ¿Un pacto? ¿Y cuál es?

BACKIN. El mismo que firmó el verdugo Anderson.

JACOBO. ¡Cielos! Y juzgas que yo sea?...

BACKIN. Un hombre que facilitando el curso de la justicia (*Con intencion.*) se venga de la especie humana, de quien fué la víctima. Los partidarios de Stuardo han hecho desaparecer en pocos dias dos verdugos, y hará un gran beneficio al Estado el que acepte este cargo.

JACOBO. ¡No prosigais, infame!

BACKIN. Medítalo esta noche con calma... y mañana nos volveremos á ver.

JACOBO. Mañana os contestaré lo mismo que ahora.

BACKIN. Sobre todo no olvides que has perdido en el juego seiscientas guineas mias... y que esa es una deuda que me tendrás que pagar en dinero ó en sangre... Adios: acuérdate que me llamo Backinson... y que el nombre de mi amo es Oliverio Cromwell. (*Se aleja lentamente mirando de soslayo á Jacobo, que se sienta anonadado en una silla junto á la mesa de la taberna.*)

JACOBO. ¡Cromwell ha dicho! ¡Cromwell! Luego es ese hombre el que me persigue noche y dia... ¡Ah, miserable, miserable!

BACKIN. (*Que se ha detenido en el fondo.*) ¿Qué estará pensando?

JACOBO. ¡Oh, volemos á los brazos de Ana! Las sangrientas imágenes que bullen en mi cerebro desaparecerán junto á la cama de mi hijo y en el seno de mi esposa.

BACKIN. Lo que el oro no ha podido conseguir lo hará el temor. (*Jacobo se dirige á su casa y al mismo tiempo se oyen gritos confusos. Backinson, que iba á salir, retrocede y presta el oido.*)

JACOBO. ¿Qué gritos son esos? (*Mirando hácia donde se oyen los gritos.*) Sin duda persiguen á alguno. (*Sale un hombre precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

JACOBO, WALKER, BACKINSON.

WALK. (*Dirigiéndose á Jacobo y muy agitado.*) Quien quiera que seais, ¡salvadme! ¡salvadme!

JACOBO. ¡Esa voz! (*Se acerca á Walker.*) ¡Walker!

WALK. ¡Jacobo!

JACOBO. ¡El mayor Walker!

BACKIN. (*Ap.*) ¿Qué oigo?

WALK. ¡Ah, soy perdido! ¡Vas á entregarme al furor de Cromwell!

JACOBO. ¡Insensato! ¿Entregarte á Cromwell? ¿Y mi venganza? ¿Olvidas que despues de haber querido robarme el honor, intentando seducir á mi esposa, me abofeteaste con esta misma mano que ahora puedo oprimir impunemente?

WALK. Pues bien, Jacobo; el duelo que rehusé siendo tu superior, lo acepto ahora que soy tu igual.

JACOBO. ¡Ah! Conque al fin...

WALK. Pero para eso es necesario...

JACOBO. ¡Ah! Si, te comprendo, salvarte ahora: ven, sígueme. (*Lo conduce de la mano á su casa. Durante la escena anterior han continuado á lo lejos los gritos, y se van oyendo cada vez mas cercanos hasta la salida de los arcabuceros.*)

ESCENA IX.

BACKINSON, *despues* MELCHOR *y los* AGENTES.

BACKIN. (*Ap.*) ¡Mayor Walker! no podias llegar en ocasion mas oportuna para favorecer mis proyectos. (*Dirigiéndose á algunos arcabuceros que salen á la escena.*) A mí, solda-

dos. (*Desembozándose.*) Soy el agente Backinson: emboscaos en el callizo inmediato, junto á la otra puerta de esta casa, y prended á los que salgan. (*El jefe y los arcabuceros obedecen la órden.*) Ahora solo falta que vengan mis agentes, y estoy tan seguro de vencer la obstinacion del jugador convertido, como de arrestar al mayor Walker, cuya cabeza se ha pregonado esta tarde.

MEL. (*Sale con precaucion y se acerca á mirar por la ventana de casa de Jacobo.*) Aun está encendida la lámpara; esperemos.

BACKIN. ¡Hola, Melchor! ¿Dónde estan los otros? (*Aparecen por el fondo algunos agentes.*)

UNO DE ELLOS. Aqui estamos.

BACKIN. (*Escribiendo algunas líneas con lapiz.*) ¡Ah! Acercaos. Tú, Enrique, lleva este escrito al capitan del buque *Edgardo* que se halla anclado junto al puente en la orilla izquierda del Támesis: es preciso que se marche antes de media noche. No pierdas un solo instante. (*Sale el agente: Backinson conduce á otro á la ventana de casa de Jacobo.*) ¿Ves esa niña que duerme en los brazos de una mujer? Pues es indispensable que antes de una hora se hallen las dos á bordo del *Edgardo.*

EL AGENTE. ¿Y qué he de hacer para ello?

BACKIN. Cuando yo llame á esa puerta en nombre de la justicia, tengo razones para creer que Jacobo Dickorley hará huir por la otra calle al mayor Walker, á quien acaba de dar asilo: algunos arcabuceros se apoderarán del mayor: al mismo tiempo, y mientras yo distraigo á Jacobo por este lado, entrad vosotros por la otra puerta, apoderaos de la niña y de su madre, y procurando que no llegue hasta aqui un solo grito, conducidlos á bordo del *Edgardo.*

EL AGENTE. ¿Y qué haremos con el niño?

MEL. (*Ap.*) Lo que es eso corre de mi cuenta.

BACKIN. El tragin del viaje lo mataria: podeis dejarle.

MEL. (*Ap.*) ¿Dejarle? Me lo ha pagado muy bien el capitan.

BACKIN. Su padre cuidará de él.

MEL. (*Ap. siguiendo á los demas agentes.*) No, pues lo que es ese cachorro no le turbará el sueño por la noche.

BACKIN. Y ahora, Oliverio Cromwell, me habrás de conceder vuestra privanza sopena de ser conmigo muy ingrato. (*Llama á la puerta de casa de Jacobo.*)

JACOBO. ¿Quién llama?

BACKIN. Abrid en nombre de la ley y del Protector. (*Mira por la ventana y añade aparte.*) Habla en voz baja con el mayor: le indica la puerta de la otra calle: su mujer la abre: sale Walter y cae en manos de mis arcabuceros.

ESCENA X.

JACOBO, BACKINSON.

JACOBO. ¡Cómo! ¿Otra vez venis á perseguirme? ¿Qué quereis?

BACKIN. Jacobo, es inútil el disimulo: lo hé visto todo por esa ventana: acabas de facilitar la evasion del mayor Walker, sentenciado á muerte por decreto del parlamento, y la ley castiga ese delito severamente. Sígueme.

JACOBO. ¿Seguiros? ¿Dónde?

BACKIN. A la Torre, donde dentro de tres dias darás cuenta de tu conducta á los jueces de la Cámara Alta.

JACOBO. ¡Oh! si, el golpe es digno de tí: no has podido quitarme el honor, y quieres quitarme la vida.

BACKIN. Escucha, Jacobo, quiero probarte que no soy tu enemigo.

JACOBO. ¿De qué modo?

BACKIN. ¿No te ha citado Walker para un duelo?

JACOBO. Si, pero no sabrás el sitio.

BACKIN. Comprendo cuánto debe sufrir el hombre que no puede vengarse de un ultraje, y te permito que vayas á batirte con Walker.

JACOBO. ¡Oh! ¿No me engañais?

BACKIN. Y lo hago sin exigirte mas seguridad que tu promesa formal de presentarte á la justicia del pais si no sucumbes en el duelo.

JACOBO. (*Gozoso.*) ¡Oh, si, os lo juro, y os doy gracias por tan generosa accion!

BACKIN. ¿Dónde vas?

JACOBO. A tomar la espada de mi padre. (*Entra en su casa.*)

ESCENA XI.

BACKINSON, *despues* MELCHOR.

BACKIN. Perfectamente: allá veo á mis agentes que se llevan á

la madre y á la hija, y por otro lado tengo á Walker en mi poder: ¡estoy de suerte esta noche!

MEL. (*En el fondo, llevando al niño bajo la capa.*) No grites, cachorro, no grites; pronto llegaremos á casa de la nodriza. (*Desaparece juntamente con los demas agentes que se llevan á Ana y su hija, tapándoles la boca para que no griten.*)

ESCENA XII.

BACKINSON, JACOBO.

JACOBO. (*Dentro.*) ¡Ana! ¡Ana! ¡Esposa mia!

BACKIN. Si, llama, llama, Jacobo, que ya estan muy lejos para oirte.

JACOBO. (*Saliendo.*) ¡Ana! ¡Ana! ¡No me responde! ¡Dios mio, no encuentro á mi esposa ni á mis hijos!

BACKIN. ¿Y al mayor Walker?

JACOBO. A nadie, no encuentro á nadie: mi casa se halla desierta. ¿Dónde estan mi esposa y mis hijos?

BACKIN. ¿Por qué no preguntas mas bien dónde está el mayor Walker?

JACOBO. ¿Walker?

BACKIN. Si, ese hombre que en otro tiempo intentó seducir á tu mujer.

JACOBO. ¡Cielos!

BACKIN. Asi huella ese traidor á la patria las leyes de la hospitalidad.

JACOBO. ¡Dios mio!

BACKIN. Tú le has salvado, y él te roba á tu esposa.

JACOBO. ¡Oh! no, no puede ser; no se han marchado juntos, es imposible: Ana debe estar aqui. (*Llamando*) ¡Ana!

BACKIN. Te digo que se han ido juntos.

JACOBO. ¡Oh, pero eso es terrible! (*Se sienta abrumado.*)

BACKIN. Sin duda han marchado á Fraucia; pero va á salir en su persecucion un navio del Estado.

JACOBO. (*Con el mayor abatimiento.*) ¡Y ella le amaba sin duda! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! (*Levantándose de repente.*) ¿Y mis hijos?

BACKIN. ¿Tus hijos? Los suyos querrás decir.

JACOBO. ¡Oh, basta!.. Me estais despedazando el corazon. ¡Ana! ¡Hijos mios! ¡Oh, no puede ser, no, no! Ana no me ha engañado.

BACKIN. Mañana mismo podrás ver á esa esposa tan fiel en el mismo calabozo de Walker, que quizá se halle ya preso en este momento, y te se ofrece una buena ocasion para adoptar á sus hijos; porque el verdugo no tardará en privarlos de su padre: mañaua mismo rodará la cabeza de Walker por el cadalso de Tyburn.

JACOBO. (*Fuera de sí.*) ¡Ah, comprendo, comprendo!.. ¡El pacto!

BACKIN. (*Sacando el pergamino.*) ¡Toma, tuya es la venganza!

JACOBO. ¡Gracias! (*Entra en su casa y se oyen las doce.*)

ESCENA XIII.

BACKINSON, *despues* JACOBO.

BACKIN. Las doce. ¡El *Edgardo* se hace á la vela en este momento para las costas de Francia!... Jacobo Dickorley decapitará mañana al mayor Walker y á sus cómplices, y yo seré el favorito de Cromwell. (*Dirigiéndose á Jacobo, que durante esta escena se hallará bajo el influjo de una exaltacion febril.*) ¡El pacto!...

JACOBO. ¿Qué pacto?

BACKIN. Ese pergamino que te he entregado.

JACOBO. No me acuerdo. (*Inquieto.*)

BACKIN. ¿Qué tienes, Jacobo?

JACOBO. ¿Yo? Nada.

BACKIN. ¿Qué has hecho del pergamino?

JACOBO. (*Tambaleándose.*) Lo he quemado. (*Indicando la casa.*)

BACKIN. ¿Qué dices?

JACOBO. He quemado esa casa que ella ha manchado con su impureza.

BACKIN. ¡Desgraciado! ¿Qué has hecho?

JACOBO. ¡Oh, me ahogo, me ahogo! (*Cae al suelo.*)

BACKIN. Si querrá la muerte arrebatarme mi presa. ¡Oh! es preciso que vuelva á la vida. (*Le desabrocha la ropilla y cae al suelo un pergamino: Backinson le recoge y le examina al resplandor del incendio, que comienza á tomar incremento.*) ¡El pacto! ¡Firmado, firmado! (*Jacobo exhala un suspiro: Backinson lo nota y exclama poniéndole un pié sobre el pecho.*) ¡Anímate, escalon del ambicioso

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Vestíbulo circular con varias arcadas en el fondo, que dan salida á un jardin. A la derecha la puerta de una habitacion interior: á la izquierda otra que conduce á la de Wilfrido: ambas estan cubiertas con tapices. En el fondo un jardin iluminado: á la izquierda mesas y sillones. Enmedio del vestíbulo un gran vaso de mármol lleno de flores. —Al levantarse el telon Wilfrido aparece apoyado á una colnmna, mirando con tristeza al interior, donde suena una música agradable.

ESCENA PRIMERA.

WILFRIDO

¡Qué bullicio y qué alegria! ¡Qué bodas tan brillantes y animadas! Al escuchar esos sonidos armoniosos, y al ver esa multitud que se aumenta sin césar, cualquiera diria que la juventud mas brillante de todas las provincias unidas ha venido á La Haya á participar del júbilo de los recien casados... ¡Oh, y cuán hermosa está Maria con ese traje! ¡Si, muy hermosa! ¿Pero en qué consiste que no puedo verla sin experimentar una sensacion dolorosa? ¿En qué consiste que ese matrimonio me aflige y me desespera?..... ¡Ah Maria, Maria! (*Se sienta en un sillon á la derecha; saca del pecho una miniatura y la contempla con tristeza. Aparece en el fondo Wandergracef seguido de algunos convidados: fija la vista*

en Wilfrido, y saludando á las personas que le acompañan, estas se retiran y él se acerca á su hijo.)

ESCENA II.

WILFRIDO, WANDERGRACEF.

WAND. (*Ap.*) Solitario como siempre. ¿En qué estará pensando? ¡Ah! creo que contempla un retrato: suspira: estará enamorado. (*Se acerca de puntillas á Wilfrido para examinar la miniatura; pero este oye sus pasos y oculta la miniatura en el pecho.*)

WIL. (*Levantándose.*) ¡Ah! ¿Sois vos, padre mio? ¿Venis á buscarme para volver al baile? Ya os sigo.

WAND. Wilfrido, hace algun tiempo que andas pensativo, inquieto y melancólico: ¿qué tienes, hijo mio?

WIL. (*Disimulando.*) Nada.

WAND. Pues entonces ¿por qué te alejas del baile? ¿Por qué te hallo solo y cabizbajo en esta estancia? ¿Esperas por ventura á alguna linda convidada?

WIL. Padre mio, ¿en vuestra casa?

WAND. ¿Y qué tiene eso de particular? A tu edad no se repara en ese género de inconvenientes. (*Ap.*) Baja los ojos: no me engañé; está enamorado; pero falta saber de quién. (*En voz alta.*) Todos los convidados se quejan de tu retraimiento (*Con intencion y examinando el efecto que causan á Wilfrido sus palabras.*), y especialmente la señorita de Fagel, que se halla muy incomodada por tu conducta: como que ha tenido la bondad de aceptarte por caballero y la has desairado.

WIL. Se engaña, padre mio: ni siquiera la he visto.

WAND. (*Ap.*) Pues no es esa. (*En alta voz.*) Magdalena y su hermano Jorge te buscan con mucho empeño.

WIL. ¿Y qué quiere ese loco?

WAND. (*Ap.*) Tampoco es Magdalena. (*En alta voz.*) ¡Ah! el presidente de Boorn, al retirarse con su hija, me ha hablado de lo galante que has estado con ella durante el baile.

WIL. Pues es muy extraño, padre mio, porque no he tenido el honor de verla.

WAND. (*Ap., levantándose.*) Tampoco es esa. Pues señor, no adivino... Vamos, hijo mio, sé franco: ¿no es verdad

que estás enamorado?

WIL. (*Turbado.*) Padre mio, estais en un error..... os aseguro...

WAND. (*Con bondad.*) No es fácil ocultar nada á los ojos de un padre: conozco que estás enamorado, y quiero que me hables con franqueza: mi gusto será hacer tu felicidad como he hecho la de tu hermana casándola con el conde Horner... ¿Por qué te extremeces? Wilfrido, no es la primera vez que al pronunciar el nombre de Horner he visto demudarse tu semblante.

WIL. Pues bien; ya que es preciso confesarlo, sabed que ese matrimonio me disgusta. No sé, pero me repugna ver á Maria casada con ese inglés intrigante, á quien la muerte de Cromwell ha obligado á emigrar á nuestra patria.

WAND. ¿Y qué nos importa su orígen, si sus talentos y su valor le han connaturalizado en Holanda?... ¿Qué me importa que haya sido agente de Cromwell? ¿no le ha concedido su patria adoptiva un título de conde, en premio de un gran servicio? ¿qué me importa lo pasado, cuando veo un presente glorioso?

WIL. ¡Cómo! ¡padre mio! ¿Vos, que sois un modelo de civismo, un marino cuyo valor se ha acrisolado en cien combates, un ciudadano incorrumptible y un hombre de estado tan puro por su conducta como por sus doctrinas, no habeis echado de ver que el hombre á quien haceis dueño de Maria aspira á derribar vuestro ídolo, á destruir vuestra obra, que es el edicto perpétuo; y en una palabra, á ocupar el rango de Sthatouder?

WAND. ¿Sthatouder? ¡Cómo! ¡el conde Horner! ¿estás loco, Wilfrido?

WIL. No, padre mio, porque he leido en sus ojos la ambicion que roe su corazon. Si desea entrar en la familia del hombre mas popular de la siete provincias unidas, es para consolidar su prestigio, que decae de dia en dia, porque si él es gobernador de La Haya, vos sois Ruart, padre mio, y con este título gobernais desde el norte al mediodia las riberas de las provincias unidas. Esos diques inmensos, barreras levantadas entre el Occeano y nuestras lagunas, entre Dios y nosotros, se hallan confiadas á vuestra vigilancia; y en fin, padre mio, el cargo de Ruart es el mas importante y el

mas honroso del pais.

WAND. Si, ¿pero á qué conduce?..

WIL. Conduce á que una alianza con vos es un paso mas hácia el poder absoluto que codicia el conde Horner.

WAND. ¡Wilfrido! hijo mio, tú deliras: y en resúmen, poco importa que te agrade ó no el conde; lo esencial es que sea del gusto de tu hermana.

WIL. ¡Ah! ¡es que eso es imposible, padre mio, imposible!

WAND. (*Examinándole.*) ¿Y por qué?..

WIL. (*Turbado.*) No sé... pero... es imposible; si fuese de su agrado, Maria me lo hubiera dicho.

WAND. ¡A tí... ¿y por qué? ¿le has confiado tú por ventura lo que sientes? ¿le has hablado de tu amor?

WIL. Padre mio, os repito que no estoy enamorado.

WRND. ¿Aun me lo niegas? Vamos á verlo. (*Cogiéndole por el brazo.*) ¿No has sentido nunca en tu pecho una sensacion melancólica que te ha obligado á buscar la soledad, adorar la naturaleza y aborrecer á los hombres?

WIL. (*Conmovido.*) ¡Si!..

WAND. ¿No te has extremecido nunca al solo aspecto de una mujer, experimentando en tu pecho sensaciones gratas y dolorosas á la vez?

WIL. ¡Si! ¡si!

WAND. ¿No se ha convertido ese éxtasis en una sombria agitacion al pensar que esa mujer podria hallarse junto á un hombre, escuchar sus palabras de fuego, sonreirle con dulzura y amarle, en una palabra? ¿Y entonces no has sentido comprimirse tu corazon hasta que ha penetrado en él un rayo de esperanza, hasta que has comprendido que los celos no eran mas que desvarios de la imaginacion acalorada?

WIL. (*Mirando hácia dentro, donde se supone que se celebra el baile.*) ¡Ah, si, si, eso es!

WAND. Entonces no digas que no has amado, hijo mio, porque eso es lo que se llama amor.

WIL. ¡Oh! ¡basta! ¡basta! me acabais de enseñar el abismo de mi corazon. (*Wandergracef hace un movimiento de sorpresa.*) Antes que me pintáseis las sensaciones culpables que experimento, ya me causaban un horror instintivo, pero no creia que fuesen hijas del amor.

WAND. ¿Y la mujer que te lo inspira?..

WIL. (*Señalando con el dedo hácia el lado donde se verifica el*

baile. Wandergracef mira en la misma direccion, y hace un gran movimiento de asombro.) ¡Oh! ¡matadme, padre mio, matadme!

WAND. (*Con dolor.*) ¡Maria! ¡ah! ¡pobre hijo mio! (*Se sienta falto de fuerzas en un sillon.*)

WIL. A Dios, hombre bondadoso, á quien no me trevo á dar el nombre de padre: al despuntar el dia habré dejado para siempre esta ciudad y la Holanda. (*Váse por el jardin. Wandergracef permanece inmóvil con la cabeza oculta entre sns manos.*)

ESCENA III.

WANDERGRACEF.

¡Maria!.. ¡su hermana! (*Con viveza.*) Pero no; no es su hermana y ahora lo comprendo todo... ¡Dios mio! ¡cuán necio es el hombre que pretende luchar con vos! A pesar de la barrera que levantaba entre Wilfrido y Maria el título de hermanos, no han podido resistir al amor... ¡Oh! ¡pero es preciso que sepan que ese amor no es un crimen! ¡que el vínculo que los une es una impostura!.. ¿Mas qué digo? ¿revelar á Wilfrido el secreto de su nacimiento? ¿descubrirle que es hijo de Jacobo Dickorley? entonces me aborreceria por haberle arrançado del seno de su familia, querria volver á Lóndres en busca de su padre, y yo me quedaria sin hijo... ¡Oh! ¡nunca! nunca sabrá este fatal secreto... Si, pero el desdichado entre tanto apurará el cáliz de la amargura, y no hallará en el mundo consuelo ni reposo .. ¡Ah! ¿qué he de hacer, Dios mio!.. No, no hay remedio; es preciso que lo sepa todo: le escribiré una carta y no la haré llegar á sus manos hasta que se halle fuera de Holanda, de donde mi deber me obliga á desterrarle por algun tiempo. Dios exige de mí este sacrificio.

ESCENA IV.

WANDERGRACEF, HORNER, *dando el brazo á* MARIA.

HORNER. Tranquilizaos, hermosa Maria; no tardaremos en encontrar al fugitivo.

MARIA. (*Viendo á Wandergracef.*) No está con mi padre.

VAND. ¿Venis á buscarme, hijos mios?

MARIA. Si, padre mio, á vos y á Wilfrido; vuestra ausencia nos causaba la mayor inquietud; haceis mucha falta en el baile, y yo creia encontrar aqui á mi hermano. ¿Dónde está? ¿qué tiene? desde esta mañana parece que se empeña en huir de mí y en guardar silencio cuando está conmigo. ¿Le he ofendido yo por ventura!

VAND. No, hija mia, no.

MARIA. ¿Pues por qué huye de mí? ¿es porque me casé? (*Ap.*) ¡Dios mio, si él supiese!

VAND. ¿Qué razon hay para que tu matrimonio le desagrade?

MARIA. ¡Oh! yo bien lo sé.

HORNER. Entonces decidnos...

MARIA. Pues bien, es por el baile á que se vé en la necesidad de asistir como hermano de la novia.

HORNER. ¿Por el baile?

MARIA. ¿Qué quereis? aborrece el estruendo, las luces y la música; me lo ha dicho mil veces. ¡Oh! yo me tengo la culpa.

HORNER. ¿Por qué?

MARIA. Por haber consentido en casarme.

HORNER. ¿Qué decis?

MARIA. Digo que mi hermano huye de nosotros, digo que padece, y que de todo eso teneis vos la culpa, ¡señor conde!

VAND. Vamos, hijos mios, volvamos al baile, que ya parecerá chocante nuestra ausencia.

HORNES. Ya os sigo. (*Wandergracef da el brazo á su hija, y Horner ofrece la mano á una de las señoras que acompañan á Maria.*)

ESCENA V.

BATILDE, *entrando por el lado derecho del jardin, y viendo á Horner de lejos.*

¡Ah! ¡él es, él es! corramos. (*Se dirige hácia la izquierda y se detiene.*) ¿Pero qué conseguiré con dar un escándalo en esta casa? la familia que le recibe en su seno no me creeria, y me arrojarian á la calle con desprecio. Si, y con razon, porque yo no tengo ningun derecho respetable que reclamar de ese infame que abusó cobardemente de mi inocencia fingiendo el vínculo mas respetable que existe en la tierra. Sí, hombre vil, yo te creia un pobre y honrado artista, y no eras mas que un monstruo tan cobarde como favorecido por la fortuna. Ya sé que un matrimonio supuesto no es un título honroso; pero si he venido de Inglaterra hasta los humbrales de esta casa, no es para hacer valer derechos quiméricos; no, es para vengarme de tí, es para perderte antes que seas esposo de otra mujer. Para conseguirlo tengo muy guardada en mi pecho una carta que llegó á mis manos en el momento en que ibas á coronar con una traicion la negra série de tus infamias. Yo la entregaré al padre de la que va á ser tu esposa, y ocasionando tu ruina lograré una satisfaccion del infame perjurio. (*Saca la carta y se dirige hácia el jardin; pero se detiene de repente y continúa.*) ¿Pero que voy á hacer? no, jamás: el rencor es un vil consejero: quiero vengarme; pero no por medio de una cobardia. Quiero hablar antes con Horner. (*Se sienta á una mesa y escribe.*)

ESCENA VI.

BATILDE, MATIAS.

BATILDE. (*Acercándose á Matias, que pasa por el fondo.*) ¿Sois uno de los criados del conde Horner?

MATIAS. El principal, señora.

BATILDE. Llevadle al momento esta carta: se trata de su libertad, de su vida y de su honor: no os detengais.

MATIAS. (*Despues de vacilar un momento.*) Obedezco, señora. (*Se le ocurre á Batilde una idea repentina, y detiene á Matias.*)

BATILDE. Oid.

MATIAS. ¿Qué mandais, señora?

BATILDE. ¿Dónde está la habitacion de la novia?

MATIAS. (*Vacilando.*) Es esa, señora. (*Indica la puerta de la derecha y sale.*)

BATILDE. ¡Ah, conde Horner! cuando entres aqui con tu esposa yo seré el primer objeto que se ofrezca á tus ojos. (*Entra en la habitacion indicada.*)

ESCENA VII.

HORNER, *que entra agitado con* MATIAS.

HORNER. ¡Cielos! ¿Conque ha venido esa mujer?... ¿Y dónde está?

MATIAS. Ha desaparecido, señor; estaba aqui.

HORNER. Llama á Jacobo, mi secretario: dile que venga, que venga al instante. (*Sale Matias.*)

ESCENA VIII.

HORNER, *siguiendo con la vista á Matias.*

¿Sin recurrir á Jacobo, no podria valerme de Matias, cuya fidelidad no tiene límites? Si, pero esa fidelidad está unida á una conciencia recta y pura, y es imposible engañarle completamente. Seria preciso quitarme la máscara y exponerme á perder su estimacion. Un solo hombre me conoce á fondo, y es Jacobo, Jacobo, que me aborrece porque la suerte le obliga á serme fiel. (*Aparece Jacobo en el fondo, y al ver á Horner se detiene un momento: despues se dirige lentamente hácia el conde: este añade:*) Que venga, y yo disiparé la tempestad con que me amenaza Batilde, porque me basta pronunciar una sola palabra para que Jacobo me obedezca ciegamente.

JACOBO. (*Inmóvil á algunos pasos del conde.*) Amo, aqui me teneis.

ESCENA IX.

HORNER, JACOBO.

HORNER. ¿Dónde te ocultas, que yo no te veo?

JACOBO. Matias me ha encontrado en el salon de descanso, donde acababa de conciliar el sueño, y á fé que le agradezco el que me haya despertado, porque soñaba con vos, monseñor.

HORNER. ¡Cómo!

JACOBO. (*Sentándose.*) Dispensad, pero no conozco nada que fatigue mas que un mal sueño.

HORNER. Ese lenguaje...

JACOBO. Tres años hace que nos encontramos en este pais; tres años hace que me obligais á serviros á pesar mio, y ya debeis estar acostumbrado á mi lenguaje, maese Backinson.

HORNER. ¡Insolente!

JACOBO. ¿Y por qué? ¿porque no os llamo señor conde? ¡Donosa ocurrencia! ¿Ignoro yo por ventura á qué género de servicios debeis ese título pomposo? Y ademas, toda vez que obedeciendo á la etiqueta soy en público vuestro humildísimo servidor, justo es que me desquite un poco cuando nos hallamos solos.

HORNER. Ya sé que me aborreces con el alma.

JACOBO. ¡Oh! eso si; es como si dijeramos una de esas enfermedades incurables que solo puede extinguir la muerte.

HORNER. ¡Ingrato! A mí, que te he colmado de beneficios; á mí, que en Lóndres hace tres años te prodigaba el oro para satisfacer tu miserable pasion; á mí, que...

JACOBO. ¡Callad, callad! Fuisteis un demonio tentador que halagabais mis vicios para imponerme mejor vuestro yugo.

HORNER. No era muy opresor ese yugo cuando pudiste sacudirle para huir de Lóndres.

JACOBO. Era terrible, toda vez que hallándome un dia en Amsterdam, pudisteis con una sola palabra volver á amarrarme á vuestra cadena.

HORNER. Tienes razon; y no olvides que si alguna vez te se ocurre venderme, te envio otra vez á Lóndres en virtud de este pacto firmado por tu mano.

JACOBO. ¿A Lóndres?

HORNER. Ya sabes que me basta pronunciar una sola palabra para obligarte á tomar el hacha, y cumplir el pacto que has quebrantado.

JACOBO. ¡Oh, antes me daria la muerte!

HORNER. (*Variando de tono.*) No temas, Jacobo: te he llamado para confiarte un secreto y reclamar tu ayuda... Lee esta carta y lo sabrás toda.

JACOBO. ¿Quién os escribe? (*Enterneciéndose al ver la firma.*) ¡Batilde!

HORNER. ¿De qué te asombras?

JACOBO. (*Estrujando la carta.*) ¡Ah, ese nombre ha resonado cruelmente en mi corazon!

HORNER. ¿El nombre de Batilde!

JACOBO. Si, fué muy dulce para mí en otro tiempo: asi se llamaba la niña que yo creia hija mia. Ese nombre acaba de recordarme la mujer que tanto amé, y su criminal abandono: acaba de recordarme la necia debilidad que se apoderó de mí en el cadalso de Tyburn, cuando con el hacha levantada sobre la cabeza de su amante...

HORNER. (*Con indiferencia.*) ¿Por qué no herias?

JACOBO. Ya os lo he dicho otra vez: porque tuve horror á la sangre de Walker... y huí como un cobarde á través de la asombrada muchedumbre en busca de una nacion extranjera donde poder olvidar que habia estado á punto de ser verdugo.

HORNER. Bien; pero ahora date prisa á leer esa carta. (*Cruzan por el jardin dos convidados: Horner se acerca á ellos y les invita á que entren en los salones donde se verifica el baile.*)

JACOBO. (*Leyendo.*) «Al llegar á La Haya he visto la iglesia adornada para vuestro himeneo: no me queda mas recurso que morir, toda vez que me abandonais por otra, á mí que soy vuestra mujer.» (*A Horner.*) ¡Cómo! ¿Vuestra mujer? ¿Estais casado en Lóndres?

HORNER. (*Sonriendo.*) ¿Me crees tan estúpido?

BATILDE. (*Que se halla medio oculta detras del tapiz: aparte.*) ¡Ah!

JACOBO. Pues asi lo dice y lo afirma la que ha escrito esta carta.

HORNER. Es muy natural que lo diga supuesto que lo cree. Continúa. (*Se dirige otra vez al fondo y habla con algunos convidados.*)

JACOBO. (*Aparte con indignacion.*) ¡Ah, infame! (*Hace un esfuer-*

zo para contenerse y continúa la lectura de la carta.) «Ya que la ambicion os ha alejado de mí, confio que el honor os hará entrar en la senda del deber: marchemos juntos. Al amanecer me encontrareis en la orilla del canal que baña las paredes de vuestra casa. ¡Oh! no hagais que os espere en vano: os lo ruego por vos y por mí; porque si no acudis á la cita, haré uso de la carta que encierra vuestra ruina, para probar á la asamblea de los estados de Holanda que el conde Horner es un traidor vendido á Cárlos segundo.»

HORNER. (*Acercándose.*) ¿Qué te parece, Jacobo?

JACOBO. Que estais perdido.

HORNER. Pero dentro de una hora me habré salvado con tu ayuda.

JACOBO. ¿Con mi ayuda? ¿Y por qué medio?

HORNER. Vas á saberlo; pero de cualquier género que sea, te advierto que no me has de hacer la menor observacion, que no has de pronunciar una sola palabra. Vé sin tardanza á la orilla del canal, donde Batilde irá á esperarme dentro de pocos instantes, y exígele en mi nombre el escrito con que me emenaza.

JACOBO. ¿Y si se niega á dármelo?

HORNER. Si se niega... no hay para qué decirte lo que tienes que hacer... (*Jacobo se muestra aterrado: al mismo tiempo se oye un gemido ahogado en la habitacion donde se halla Batilde y un ruido parecido al que produce un cuerpo humano al caer al suelo.*) ¿Qué ruido es ese?

JACOBO. (*Ap.*) ¡Ah, infame!

HORNER. (*Mirando á uno y otro lado.*) Me habia parecido oir...

JACOBO. (*Ap.*) ¡Y no poder quitar la máscara á ese malvado!

HORNER. (*Acercándose á Jacobo.*) ¿Me has comprendido?

JACOBO. (*Ap.*) ¿Cómo la he de salvar sin perderme con ella?

HORNER. ¿No me respondes? ¿Quieres que te diga lo que piensas en este momento?

JACOBO. (*Ap.*) ¡Ah! ¡Dios me inspirará!

HORNER. Piensas que soy el mas imprudente de los hombres: piensas que te faltaba una prueba escrita contra mí, y que yo mismo la voy á poner en tus manos.

JACOBO. Demasiado sabeis que no podria hacer uso de ella mientras se halle en vuestro poder ese odioso pacto con que me amenazais sin cesar.

HORNER. Aun puedes romperlo, Jacobo.

JACOBO. ¡Oh! ¡Daria por ello toda mi sangre!

HORNER. No, no necesito tu sangre, sino la carta de Buckingham.. Corre al canal, Jacobo; pero antes escucha una palabra. (*Indica el lado derecho del jardin.*) Al extremo de aquella galeria hay una puerta que da entrada á una habitacion contigua á la que voy á ocupar en esta casa: alli te espero. Alguien viene y no puede tardar en amanecer: vete.

JACOBO. (*Ap.*) Si, me voy, porque Dios me está mirando y debo llevar á cabo una accion generosa. (*Sale por el lado derecho del jardin.*)

ESCENA X.

HORNER, *despues* WANDERGRACEF, MARIA *y* ALGUNAS SEÑORAS.

HORNER. ¡Ah, Batilde, Batilde! ¡Cuántos afanes me cuesta el haber abusado de tu inocencia!

WAND. Por favor te suplico, Maria, que no estés triste. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

HORNER. ¿Que llora decis?

WAND. Si, y yo lo atribuyo á la malhadada noticia que tan intempestivamente ha circulado por los salones.

MARIA. Si, si, padre mio, esa es la causa. (*Se sienta agobiada en un sillon.*)

HORNER. ¿Qué noticia?

WAND. ¡Cómo! ¿No la sabéis? El marqués de Montbas acaba de ser arcabuceado por haber entregado el paso del rio Meuse al ejército de Luis XIV.

HORNER. (*A Maria.*) ¿Y la condesa Horner llora la muerte del marqués de Montbas?

WAND. Y sin razon, yo os lo aseguro, porque sobre la tumba de un traidor no deben derramarse lágrimas. Montbas era mi ahijado, pero aun cuando hubiera sido mi hijo, no podria menos de aplaudir su muerte: tal es el desprecio que me inspiran los traidores: ¿no sois de mi opinion, conde Horner?

HORNER. (*Turbado.*) Ciertamente.

WAND. El amor al pais que nos ha visto nacer y á los muros que nos protegen debe ser la pasion dominante de un pecho honrado. Si vinieran á decirme: vuestros hijos Wilfrido y Horner son unos traidores; entregadlos al

rigor de la ley, no vacilaria un momento. Mas diré: si se me probase cumplidamente su traicion, yo mismo los denunciaria, para hacer notorio que el Ruart de Holanda no puede faltar á su repútacion de honrado y leal. (*Aparecen en el fondo algunas señoras y caballeros, sin entrar en escena.*) Pero dejemos á un lado suposiciones absurdas: la traicion de Montbas me irrita de tal modo, que...

HORNER. Dispensad, pero creo que ya es hora de dejar á Maria con esas señoras.

WAND. Teneis razon, y me recordais muy opertunamente mis deberes. Conde Horner, al dar las cuatro vendré, segun la costumbre holandesa, á acompañaros hasta el cuarto nupcial. (*Indica la habitacion donde está Batilde.*) Adios, hijos mios, hasta mañana. (*La besa, y saluda afectuosamente á las señoras. Horner besa la mano á Maria y sale con Wandergracef. Los hombres hacen lo mismo.*)

ESCENA XI.

MARIA, ALGUNAS SEÑORAS.

MARIA. (*Sentada á la izquierda.*) ¡Su mujer! ¡Soy su mujer! Esta idea me infunde á pesar mio un terror invencible. (*A las señoras.*) Gracias por vuestra amabilidad: deseo estar sola, gracias, señoras, hasta mañana. (*Las señoras la besan en la frente y se alejan.*) ¿Por qué se agolpan las lágrimas á mis ojos? ¿Por qué se halla tan oprimido mi corazon? ¡Oh! es preciso que vea á Wilfrido, que le hable, que le diga lo que sufro... ¡Pobre hermano mio! ¡cuánto le amo!... ¡y mi cariño es el de una tierna hermana; si, el de una hermana, pero me angustia el corazon! ¡Pobre Wilfrido! ¡cuán melancólico estaba durante el baile! ¡Y tambien él padece, si, tambien él padece, porque he visto brotar lágrimas de sus ojos! ¡Si pudiera verle un instante, un solo instante!... ¿Estará en su cuarto? Lo veré... oigo ruido: ¿si será el conde? ¡Ah, sea quien quiera necesito ver á mi hermano! (*Entra en la habitacion de la izquierda. Wandergracef, Horner y Wilfrido aparecen por el fondo seguidos de algunos convidados.*)

ESCENA XII.

WANDERGRACEF, HORNER, WILFRIDO.

WAND. (*A Horner.*) Hasta mañana, Conde.
HORNER. Hasta mañana.
WAND. (*A Wilfrido.*) Adios, Wilfrido.
WIL. ¡Quedad con él, padre mio!
WAND. (*Ap.*) ¡Su padre! ¡Ay! antes de una hora te habrá revelado mi carta el fatal secreto.
WIL. (*Mirando á Horner.*) ¡Para él la felicidad! ¡Para mí el destierro... y la muerte! (*Algunos convidados acompañan á Horner hasta la puerta de su habitacion. Wandergracef, que se halla en medio de la escena, levanta las manos al cielo mirando á Wilfrido, que entra en su cuarto. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala que comunica con el vestíbulo donde ha pasado el acto segundo: á la izquierda en primer término la puerta de la habitacion de los novios: mas atras un lecho de pabellon. A la derecha en primer término una puertecilla, al lado una gran ventana con cortina. Puerta en el fondo.—Al levantarse el telon aparece Batilde tendida en el suelo entre la ventana y la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA.

BATILDE, *desmayada*, HORNER.

HORNER. (*En la puerta del fondo.*) Hasta mañana, señores, hasta mañana. (*Cierra la puerta.*) ¡Qué oscuridad! las bujias se han apagado y está cerrada la ventana. Si mal no recuerdo mi habitacion debe estar en este lado: si, ya hallé la puerta. (*La abre.*) Tambien está á oscuras... ¡Maria! ¡soy yo!... No responde: sin duda se habrá dormido rendida por el cansancio: perfectamente; de ese modo podré esperar sin temor á Jacobo... Para mayor seguridad cerremos aqui. (*Cierra la puerta de la izquierda.*) A mi izquierda debe estar la puerta por donde ha de entrar Jacobo. (*Se acerca á la puertecilla.*) La dejaré entornada y esperaré hasta que vuelva... ¡Pero calla! no está cerrada: ¿habrá venido Jacobo? Pero no, todavia es de noche, y hasta la aurora no encontrará á Batilde.

BATILDE. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah!

HORNER. ¿Qué escucho? Aqui hay alguien. (*Fijando la vista en Batilde.*) ¡Una mujer! ¡Sin duda es la condesa! ¡Y está desmayada! Un poco de aire la hará recobrar el sentido. (*Abre la ventana y penetra la luna en la estancia. Batilde se incorpora apoyando una mano en el suelo.*)

BATILDE. ¿Dónde estoy?

HORNER. Querida Maria, vuelve en tí. (*Hinca una rodilla en el suelo para socorrer á Batilde, que le mira fijamente iluminada por un rayo de la luna.*) ¡Cielos! ¡Batilde!

BATILDE. (*Que no ha vuelto en sí todavia.*) ¿Quién me llama?

HORNER. Batilde. (*Levantándola.*) Esa puerta abierta. ¡Ah! ya lo comprendo: ¡Jacobo es quien la ha traido!

BATILDE. Pero ¿dónde estoy? Mi imaginacion se confunde, y no me acuerdo de nada.

HORNER. Ven, Batilde, ven; salgamos de aqui. (*La conduce hácia la puertecilla.*) Ven, yo te lo explicaré todo.

BATILDE. No puedo: se me desvanece la cabeza.

HORNER. (*Acompañándola á un sillon colocado á la derecha.*) Pues bien, siéntate aqui; pero habla en voz baja ó soy perdido.

BATILDE. ¡Perdido! ¡Ah, si, ya me acuerdo! Estoy en la habitacion de la condesa Horner. ¡Ya recuerdo, ya recuerdo!

HORNER. (*Arrojándose á sus pies.*) Batilde, ese matrimonio era necesario á mi ambicion, era indispensable para llevar á cabo los grandes proyectos que medito: esa mujer no es tu rival, porque no la he concedido mas que mi nombre, y mi corazon será siempre tuyo, Batilde mia, ¡siempre, siempre!

BATILDE. ¡Mentira, mentira!

HORNER. Te juro...

BATILDE. No jures: lo sé todo: escondida tras el tapiz de esa puerta, he oido de tus labios mi sentencia de muerte.

HORNER. (*Ap.*) ¡Cielos, me escuchaba!

BATILDE. Entonces me han faltado las fuerzas, y he caido al suelo, creyendo que habia llegado mi última hora. (*Mirando á Horner fijamente*) Pero aun respiro, conde Horner; aun respiro, ¡y pronto nos volveremos á ver! (*Se dirige á la puerta del fondo: Horner se adelanta y la cierra con ademan amenazador.*)

HORNER. ¡Batilde, dame esa carta!

BATILDE. ¡No te acerques, monstruo!

HORNER. (*Asiéndola del brazo.*) ¡Dame esa carta!

BATILDE. (*Ap.*) ¡Dios mio, socorredme!

HORNER. (*Irritado.*) ¡Esa carta, esa carta! (*Calmándose de repente.*) Se la arrancaré de otro modo. (*Se dirige hácia el fondo.*)

BATILDE. (*Ap.*) ¡Qué haré, Dios mio! Si se la doy, me pongo en sus manos indefensa; si se la niego apelará á la violencia. (*Como inspirada.*) ¡Ah!

HORNER. (*Acercándose.*) ¿Me das esa carta?

BATILDE. Se la he entregado al padre de tu esposa.

HORNER. (*Retrocediendo espantado.*) ¡Cielos! ¿A Wandergracef?

BATILDE. A Wandergracef.

HORNER. ¿Y has tenido osadia?...

BATILDE. ¿Para vengarme? Si, conde Horner.

HORNER. ¡Desdichada! ¿Qué has hecho? ¡Me has perdido? ¿Sabes tú que esa carta me reserva la suerte de Montbas, la muerte de los traidores? ¿Sabes tú que ese hombre me ha dicho hace poco que por servir á la patria no repararia en sacrificar á sus propios hijos? ¡Oh, soy perdido, soy perdido!

BATILDE. Cúlpate á tí mismo.

HORNER. (*Cada vez mas agitado.*) ¿Qué haré? Cada momento que trascurre es un paso mas hácia el abismo: lo veo abierto á mis pies y voy á precipitarme sin remedio!... ¿Qué haré para evitarlo?... ¿Derramar sangre? ¡Oh, pero es un anciano!

BATILDE. Su silencio me hace temblar.

HORNER. (*Ap.*) Si, pero es un anciano inflexible que me condenará sin pieded.

BATILDE. Sus ojos despiden relámpagos.... ¡Oh, tengo miedo, tengo miedo! (*Se dirige al fondo buscando por donde salir.*)

HORNER. A estas horas habrá resuelto quizá denunciarme á los Estados de Holanda.

BATILDE. ¡Ah! por aqui; ¡huyamos! (*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

HORNER. ¡Oh, no lo harás, viejo implacable, no lo harás: mia será esa carta á pesar tuyo y del universo entero! (*Sale por la puerta del fondo.*)

BATILDE. (*Saliendo otra vez á la escena.*) Esa habitacion no tiene salida; pero no veo á Horner... ¡Ah, sin duda va á volver! ¡Huyamos! (*Batilde se dirige á la puerta del fondo: al mismo tiempo se abre la de la derecha y aparece Jacobo.*)

ESCENA II.

JACOBO, BATILDE.

JACOBO. ¡Desgraciada! ¿Dónde vais?

BATILDE. ¡Ah, perdon!... ¡Batilde os pide la vida!

JACOBO. ¿Batilde? Es ella.

BATILDE. ¡Dejadme huir!

JACOBO. ¡Imprudente!... No hagais tal.

BATILDE. No temais, el que os ha pagado mi sangre no sabrá nunca que me habeis perdonado la vida.

JACOBO. Estais en un error: levantaos.

BATILDE. Soy una pobre mujer y nada poseo; pero Dios os recompensará tan generosa accion. Entre tanto vuestro es cuanto tengo, este dinero y estas joyas... (*Se quita los brazaletes y el collar, el cual está adornado con una crucecita.*) ¡Tomad, tomad!

JACOBO. ¿Qué haceis? Yo no soy un asesino. (*Devolviéndole las joyas y la bolsa.*) ¡Dios mio! Esta cruz...

BATILDE. ¡Oh, dádmela; dejad que le dé el último beso y le consagre el último suspiro!..... ¡Es un recuerdo de mi madre!

JACOBO. (*Extremeciéndose.*) ¿De vuestra madre? ¿Y os llamais Batilde? ¿Y sois inglesa?

BATILDE. Si, si.

JACOBO. (*Ap. agitado.*) ¿Y esa cruz? No, no me engaño: es la que llevaba Ana!

BATILDE. Estais conmovido...

JACOBO. ¿Y vuestro padre? ¿Teneis padre?

BATILDE. ¿Cómo sabeis?...

JACOBO. ¿Vuestra madre no se llamaba Ana?

BATILDE. ¿Qué, la habeis conocido?

JACOBO. ¿Y Jacobo Dickorley no era?...

BATILDE. Mi padre. (*Momento de silencio, durante el cual se miran fijamente uno á otro.*)

JACOBO. (*Ap., con emocion cada vez mayor.*) ¡Es ella! ¡es ella! ¡Mi Batilde, mi hija!... Pero no, no es mi hija: su padre murió en un cadalso!

BATILDE. Respondedme. ¿De dónde conoceis á mi padre? ¿Vive todavia? ¡Ah! decídmelo por favor.

JACOBO. (*Ap. sorprendido.*) Ese lenguaje... Batilde, ¿por ventu-

ra vuestra madre os enseñó á respetar el nombre de Jacobo Dickorley?

BATILDE. Como ella le respetaba.

JACOBO. ¿Y á amarle?

BATILDE. Como ella le amaba, á pesar de sus faltas.

JACOBO. Si; ¡pero ella le engañó infamemente! Le abandonó por otro.

BATILDE. ¿Qué decís? ¿Mi madre?...

JACOBO. Por un hombre llamado Walker.

BATILDE. ¿Walker?

JACOBO. Si, Wiliam Walker... ¿Os sorprende este nombre?

BATILDE. Es la primera vez que le oigo pronunciar.

JACOBO. ¿Cómo, ni en vuestra infancia?

BATILDE. Jamás.

JACOBO. ¡Dios mio! ¿Pues vuestra madre no abandonó por él á su esposo?

BATILDE. (*Indignada.*) ¿Mi madre? ¡Oh! no ultrajeis su memoria.

JACOBO. ¿Ha muerto?

BATILDE. Si, de dolor por haber sido robada de los brazos de su esposo.

JACOBO. ¿Robada decis?

BATILDE. Si, fuimos robadas una noche las dos y conducidas á bordo de un buque: pasamos dos años en Francia por disposicion del gobierno inglés, y á nuestro regreso no encontramos á mi padre, que sin duda habrá muerto.

JACOBO. ¿Y vuestro hermano?

BATILDE. Mi madre me refirió muchas veces que el niño se quedó en la cuna cuando nos robaron: sin duda pereceria entre las llamas que devoraron nuestra casa, porque habeis de saber que al regresar á Lóndres nos hallamos sin asilo, sin familia y entregadas á la miseria y al dolor.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Era inocente! ¡Oh, Ana, Ana!

BATILDE. ¿Pero qué os importa á vos esta historia?

JACOBO. ¡Inocente! (*Hincándose de rodillas.*) ¡Oh, gracias, Dios mio, gracias!

BATILDE. ¿Pero quién sois?

JACOBO. ¡Inocente... ella... mi esposa!

BATILDE. ¡Qué oigo! ¿Sois vos por ventura?...

JACOBO. Si, si, (*Abriéndole los brazos.*) Batilde, hija mia!

BATILDE. ¡Padre mio!... ¡Ah, Dios es justo!

JACOBO. (*Estrechándola entre sus brazos.*) ¡Si, Dios es justo!

BATILDE. (*Llorando.*) Por fin se ha compadecido de la pobre huérfana, y ha permitido que no estuviese sola en el mundo, que encontrase á mi padre para amarme y compadecerme.

JACOBO. (*Con energía.*) Y para vengarte, Batilde..... ¡Ah, Backinson, Backinson!..... Despues de herirme en lo mas vivo de mi honor, me hieres ahora en la cabeza de mi hija! ¡Oh, eso es ya demasiado, Backinson, es demasiado!

BATILDE. (*Admirada.*) ¿Backinson?

JACOBO. Si, tal es el nombre de ese infame; pero á tí te lo habrá ocultado.

BATILDE. (*Con los ojos bajos.*) Procuremos olvidarle, padre mio.

JACOBO. Ni tú podrias ni yo tampoco, Batilde: el corazon no olvida nunca, y el mio ha sufrido demasiado por culpa de ese hombre. Veinte años hace que su nombre aborrecido se asocia á cada uno de mis tormentos, y cuando por un favor especial del cielo encuentro inesperadamente á uno de mis hijos, hallo tambien ese nombre maldito escrito en su frente pálida y en sus mejillas descoloridas. ¡Ah, es demasiado, es demasiado!

BATILDE. (*Abrazándole.*) Calmaos, padre mio, y no me maldigais.

JACOBO. ¿Maldecirte, hija mia, despues de haber sido engañada cobardemente, despues de haber sido víctima de los ardides de un infame? ¡Oh, no, no! (*Despues de una pausa.*) Batilde, ¿conservas la prueba de su traicion, la carta firmada por Buckingham?

BATILDE. (*Mirándole.*) Si, padre mio.

JACOBO. ¿Y qué uso piensas hacer de ese documento?

BATILDE. (*Sacanda la carta del pecho.*) Aniquilarle, padre mio.

JACOBO. (*Quitándole la carta.*) ¡No hagas tal! Ahora, señor conde, tengo en mis manos vuestra perdicion y mi venganza.

BATILDE. No, padre mio, no hableis de venganza, perdonadle.

JACOBO. ¿Perdonarle? Ni en el cadalso: ha muerto á tu madre.

BATILDE. (*Prestando atencion.*) ¿No ois?

JACOBO. Si, oigo pasos en la sala inmediata.

BATILDE. (*Aterrada.*) ¡Es él!

JACOBO. (*Haciendo un movimiento para dirigirse á la puerta del fondo.*) ¡Ah!... (*Deteniéndose.*) Pero no, Dios mio, con-

tened mi furor y dadme fuerzas para alejarme de ese hombre... porque le mataria.

BATILDE. ¡Se acerca!

JACOBO. ¡Conde Horner, pronto nos volveremos á ver! Ven, hija mia, ven. (*Se lleva á Batilde por la puertecilla de la derecha: se abre la del fondo y aparece Horner.*)

ESCENA III.

HORNER. *Viene muy pálido: tiene en la mano derecha un puñal y en la otra una carta ajada. Al dar algunos pasos por la estancia se le cae el puñal, y se sienta en el sillon de la derecha.*

Ya la tengo, ya tengo esta carta maldita, por la cual hubiera dado diez años de vida. (*Presta oido en direccion á la puerta del fondo.*) Al atravesar el jardin me ha parecido oir unos gritos ahogados. (*Vuelve á escuchar y se tranquiliza.*) No, eran quimeras de mi imaginacion acalorada. (*Despues de una pausa.*) Por fin tengo en mi poder esta prueba de mi complicidad con Cárlos II, y ahora nada tengo ya que temer: me he salvado. (*Fija los ojos en el papel que tiene en la mano y lee.*) «Mi querido Wilfrido...» (*Hablando.*) ¡Cielos!..... esta no es la carta de Buckingham: ¡Batilde me habia engañado! ¿Pero dónde está? No la veo... ¡Ah! sin duda ha huido por esa puerta! (*Indicando la de la derecha.*) ¡Infeliz de ella! (*Sale precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

WAND. (*Dentro.*) ¡Horner!

ESCENA IV.

WANDERGRACEF, *despues* HORNER.

WAND. (*Dirigiéndose con paso vacilante hácia la puerta que conduce á la habitacion de la izquierda.*) ¡Horner! Maria! hijos mios! (*Entra y vuelve á salir en seguida.*) No hay nadie: ¿qué es esto, cielos? ¡Horner, Maria! ¿Dónde estais? (*Tropieza con el puñal.*) ¿Qué es esto? (*Recoge el arma.*) ¡Un puñal manchado de sangre en este momento y en la habitacion de Horner!

HORNER. (*Por la puerta de la derecha, muy agitado y sin ver á Wandergracef.*) ¡No he podido alcanzarla! (*Se halla frente á frente con Wandergracef.*) ¡El Ruart! (*Retrocediendo aterrado.*)

WAND. (*Ap.*) ¡Qué terrible sospecha!

HORNER. ¡Vivo!

WAND. (*Ap.*) ¡Dios mio, dadme fuerzas para contenerme! (*A Horner.*) Conde, socorredme...

HORNER. (*Ap.*) ¡Ese lenguaje!...

WAND. Estoy herido.

HORNER. ¡Cómo!... ¿Herido? ..

WAND. (*Mirando fijamente á Horner.*) Me hallaba en mi estancia leyendo con atencion una carta que acababa de escribir, cuando de repente oí pasos detrás de mí: iba á volver la cabeza para ver quién era, á tiempo que me dieron una puñalada derribándome en el suelo sin sentido.

HORNER. ¿De modo que ignorais..... no teneis la menor sospecha?...

WAND. No, porque al recobrar el sentido no se hallaba ya en la estancia mi asesino.

HORNER. (*Ap.*) ¡No me ha visto! (*A Wandergracef.*) La fiesta de esta noche le habrá permitido introducirse y ocultarse en palacio: quizá podremos encontrarle todavia: voy á dar las órdenes oportunas. (*Hace ademan de irse.*)

WAND. (*Deteniéndole.*) No os tomeis esa molestia; no le encontrareis. (*Ap.*) ¡Tiene la mano manchada de sangre! ¡él es!

HORNER. ¡Permitid al menos que pida socorro!

WAND. (*Levantándose y aparentando hallarse fuerte.*) Es inútil: la herida es muy leve, porque el arma del miserable no ha hecho mas que rozar la piel; le temblaba la mano: no pongais la casa en alarma, y decid únicamente que llamen á Wilfrido y á Maria.

HORNER. (*Despues de examinar á Wandergracef.*) Nada tengo que temer. (*Sale.*)

ESCENA V.

WANDERGRACEF, *despues* WILFRIDO *y* MARIA.

WAND. ¡Cielos! ¡Mi asesino es el esposo de mi hija! ¿Y qué causa le habria inducido á cometer accion tan villana? No acierto á comprenderlo... pero ha intentado un crímen y la sangre vertida pide venganza á Dios y á los hombres... ¿Qué digo? No; es el esposo de mi hija y no puedo castigarle sin deshonrarla á ella y echar un borron sobre mi nombre!...

MARIA. *(Con inquietud.)* Padre mio, ¿no habeis oido unos ayes hace poco?

WIL. ¿Qué ocurre?

WAND. Nada, nada, hijos mios: he tenido un ensueño terrible y necesito oir vuestra voz, abrazaros.

MARIA. Pero estais pálido y conmovido...

WAND. Si, confieso que me he afectado. *(Abraza á su hija. Wilfrido, cierra esa puerta. (Indica la del fondo. Wilfrido la cierra.)* Y tú, Maria, retírate á mi habitacion por ahí. *(Indica la puerta de la derecha.)* Enciérrate, y no abras mas que á Wilfrido ó á mí.

MARIA. ¿Pero qué significa?

WAND. Obedece como obedecerias á Dios, sin preguntar la causa: vé, hija mia... pero antes deja que te estreche otra vez en mis brazos. *(La abraza.)*

MARIA. ¡Vos llorais, padre mio!

WAND. No, no, retírate, Maria.

MARIA. *(Ap.)* ¡Dios mio! aqui hay algun misterio que me hace temblar. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA VI.

WANDERGRACEF, WILFRIDO.

WAND. Wilfrido, ¿nadie puede oirnos?

WIL. Nadie, padre mio: podeis hablar sin temor. *(Cierra la puerta de la derecha.)*

WAND. *(Con voz cada vez mas debil.)* ¡Ah! me faltan las fuerzas: no puedo, pero lee, lee... todo lo sabrás por esa carta.

WIL. ¿Por esta carta? Está rasgada. (*Lee.*)

WAND. (*Ap. llevándose la mano al corazon.*) ¡Cielos! la herida es mas profunda de lo que yo creia: las fuerzas me abandonan.

WIL. ¿Qué he leido? ¿no sois mi padre?... luego Maria...

WAND. No es tu hermana; pero que ignore siempre este secreto.

WIL. ¡Cómo! ¿Quereis?...

WAND. ¡Quiero que á los ojos de todos continueis siendo mis hijos!... quiero morir con honor como he vivido.

WIL. ¿Morir, decis?

WAND. (*Descubriendo el pecho.*) Mira.

WIL. ¡Sangre! ¡estais herido! ¡Gran Dios, socorro!

WAND. (*Deteniéndole.*) ¡Calla, yo te lo mando! Todo socorro seria inútil: conozco que estoy herido de muerte.

WIL. ¡Cielos! Pero ¿por quién? ¿por quién?

WAND. No puedo decírtelo.

WIL. Hablad por compasion, padre mio: quiero saber la verdad: decidme el nombre del asesino. Haré lo que me pedis, si, seré siempre vuestro hijo, y por eso mismo debo vengaros: ¡hablad, hablad!

WAND. Espera; me ocurre una idea: ese secreto que creia llevar conmigo á la tumba, lo posee tambien mi asesino.

WIL. ¿Qué decis?

WAND. Si, sabe que no eres mi hijo.

WIL. ¡Acabad!

WAND. Tiene en su poder el otro fragmento de esa carta, y es preciso recobrarlo.

WIL. ¡Si, lo juro!

WAND. Prométeme que se lo arrancarás aunque sea con la punta de la espada.

WIL. Si, lo juro; pero decidme su nombre.

WAND. (*Exánime.*) ¡Ah!

WIL. ¡Dios mio! vuestro rostro se cubre de una palidez mortal. ¡Socorro, socorro! (*Wandergracef quiere hablar, pero le falta el aliento y cae.*) ¡Oh, padre mio! (*Se dirige á la puerta del fondo y la abre.*) ¡Socorro, socorro! (*Volviendo junto al cadáver.*) ¡Padre mio!... ¡ha muerto! ha muerto llevando á la tumba su secreto... Y no tengo siquiera una sospecha, un indicio que me guie.... ¡Ah, un puñal! (*Lo recoge.*) ¡Es quizá el que le ha dado la muerte! (*Volviendo junto al cadáver.*) ¡Padre mio...

una palabra, una sola palabra! ¡el nombre del asesino! ¡su nombre! (*En este momento empujan violentamente la puerta del fondo: se abre y entra Matias con los criados. Al entrar da un grito de asombro, y dirigiéndose á los criados señala con el dedo á Wilfrido, que se halla armado con el puñal y arrodillado junto al cadáver. Los criados se apoderan de Wilfrido y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una sala baja contigua al calabozo de Wilfrido: en el fondo un arco grande con verja que separa la prision de un gran canal que se extiende á lo lejos. A la derecha en primer término la puerta de entrada. Delante una lámpara colocada en el centro de un enverjado. A la izquierda el calabozo de Wilfrido, donde se sube por una escalera de siete ú ocho gradas que dá frente al público y describe luego una curba. Entre el primer escalon y la pared del calabozo un banco de madera.

ESCENA PRIMERA.

OWERLEN, *el Director de la cárcel, algunos guardas y un* CARCELERO.

OWER. (*Al Director.*) En atencion á que la primera sentencia no declara abiertamente la culpabilidad de ese jóven, me atrevo á esperar que á pesar de las órdenes severas que habeis recibido, permitireis por un momento al acusado respirar en este sitio un aire mas fresco y mas puro. (*El Director da órden á un carcelero, el cual abre el calabozo de la derecha: en el momento en que el Director sale por la derecha, aparece Wilfrido entre guardas y carceleros.*)

ESCENA II.

OWERTEN, WILFRIDO, *este baja lentamente la escalera.*

OWER. (*Ap. contemplándole.*) Veinte años, la frente elevada y la resignacion pintada en sus facciones y en su mirada serena..... ¡Oh! aqui hay una noble mision que desempeñar.

WIL. Caballero, ¿se han abierto por vuestra órden las puertas de mi calabozo?..

OWER. A mis ruegos, jóven.

WIL. Puedo saber...

OWER. ¿No es verdad que habeis tomado al cielo por testigo de vuestra inocencia delante de los cuatro regidores reunidos?

WIL. Si, y ese juramento lo repetiré sobre el cadalso, con los ojos levantados al cielo que ha de juzgar algun dia á los que me sentencien: él sabe que mis manos no se han manchado con sangre de mi padre

OWER. (*Que le ha estado examinando desde su salida.*) ¡No! ¡no! ¡y yo estoy pronto á asegurarlo á la faz de todo el mundo!

WIL. (*Asombrado.*) ¡Qué oigo! ¡cuando los hombres me acusan y me rechazan!..

OWER. (*Con dulzura.*) Yo os tiendo la mano y os digo: Wilfrido, esperad.

WIL. ¡Oh! gracias. (*Le estrecha la mano.*) Vuestro nombre, caballero, decidme vuestro nombre.

OWER. Me llamo Owerten.

WIL. ¡Owerten! ¿El abogado mas célebre de La Haya?

OWER. (*Con modestia.*) El que mas se consagra á la defensa de los desgraciados.

WIL. ¿Y creis que soy inocente?

OWER. Lo creo, y quiero salvaros.

WIL. ¡Salvadme! ¡Ay! es imposible: la justicia de los regidores es muy espedita: fuí acusado hace tres dias, condenado esta mañana, y quizá hoy mismo se ejecutará mi sentencia.

OWER. No será asi, Dios mediante.

WIL. ¿Qué decis?

OWER. ¿Ignorais las costumbres judiciales? ¿ignorais que una

palabra del sacerdote que en el momento supremo vendrá á este calabozo á confesaros, puede anular vuestra sentencia? ¿Ignorais que para suspender su efecto no teneis sino jurar á los pies del ministro de Dios que no sois parricida? Y yo espero que pronunciareis sin temor ese juramento que os dará el derecho de apelacion, porque me habeis dicho que sois inocente.

WIL. ¡Ah! ¡si, si!

OWER. Entonces esa cuestion de vida ó muerte no será resuelta por cuatro hombres ignorantes ó prevenidos, sino ante un tribunal de justicia legalmente constituido. En este caso la ley cesa de impediros la asistencia de un defensor, y ese defensor seré yo.

WIL. ¡Ah! ¡gracias, gracias amigo mio! (*Abraza á Owerten: momento de silencio y de emocion.*)

OWER. Un poco de calma, Wilfrido: ambos necesitamos de ella, yo para interrogaros, y vos para responder.

WIL. Ya os escucho.

OWER. Entre los cargos que pesan sobre vos hay uno formidable, y que me es imposible rebatir si vos no me ayudais.

WIL. Si, hablais del que se refiere al puñal que me vieron en las manos los testigos que acudieron al oir mis gritos.

OWER. Y que los peritos declaran ser el arma con que se cometió el crímen.

WIL. Dios me es testigo de que el hallarse en mis manos fué obra de la fatalidad.

OWER. Lo creo; pero ¿cómo convencer de ello á vuestros jueces? (*Despues de una pausa.*) ¿Y no sospechais si el rígido patriotismo del Ruart pudo acarrearle algun odio implacable? (*Wilfrido hace una seña negativa.*) ¿No sabeis que tuviera algun enemigo interesado en su muerte?

WIL. Ninguno.

OWER. ¿No sospechais de nadie?

WIL. De nadie.

OWER. ¿Es posible? ¿Y no se os ocurre nada que pueda servirnos de guia? ¿no teneis el menor indicio?

WIL. Uno solo, pero es tan vago y de tan poco valor...

OWER. No debeis ocultarme nada: decid.

WIL. Pues bien; lo único que puedo decir es que el que hirió á mi padre intentó arrancarle una carta que acababa de escribirme: este fragmento quedó entre las ma-

nos del pobre anciano.

OWER. ¿Y cómo sabeis?...

WIL. Me lo dijo mi padre mismo, y tambien iba á nombrarme al asesino cuando la muerte le cortó el aliento.

OWER. ¿Qué me decis? ¿Y por qué habeis callado hasta ahora esa circunstancia?

WIL. Y aun ahora me parece harto insignificante: creedme, Owerten, no es de presumir que el criminal se exponga á perderse enseñando el otro pedazo de esta carta.

OWER. Quizá ignore que la otra mitad quedó en poder de vuestro padre; y por otra parte la justicia puede dirigir sus investigaciones en virtud del contenido de esta carta que el asesino tanto ambicionaba.

WIL. Si, pero esa carta á nadie interesa mas que á mí: leed.

OWER. (*Leyendo.*) «Un calcetero de Lóndres, llamado Jacobo Dickorley...» (*Hablando.*) Si, la letra es del Ruart. (*Leyendo.*) «Llamado Jacobo Dickorley.»

WIL. Escuchad: ¿no ois ruido de remos? Se acerca una lancha.

OWER. Será la del conde Horner, que en calidad de gobernador es el único que posee la llave de esa verja.

WIL. (*Muy agitado.*) ¿El conde Horner? No quiero verle: vámonos de aqui.

OWER. ¿De qué nace esa aversion que por lo visto os inspira el conde?

WIL. Es el esposo de Maria.

OWER. ¿De vuestra hermana? Pues no comprendo...

WIL. Maria no es mi hermana.

OWER. ¿Cómo?

WIL. Esa carta os explicará el misterio: venid. (*Coge de la mano á Owerten y le conduce á su calabozo. Una barca tripulada por algunos hombres llega al pie de la verja: se abre la puerta y aparece Horner.*)

ESCENA III.

HORNER, CRIADOS *al fondo*, *despues* UN CARCELERO.

HORNER. (*Dirigiéndose á los criados, que se quedan en la barca.*) Que venga conmigo uno de vosotros. (*Sale un criado de la barca.*) Vosotros conducid la lancha al desembarcadero de la cárcel, donde iré á buscarla para regresar

á mi casa. (*Se aleja la barca.*) Cierra esa puerta y dame la llave. (*El criado ejecuta la órden.*) Ahora ve á preguntar por maese Owerten, que debe estar aqui. (*El criado saluda y sale por la derecha.*) ¡Owerten! ¡Oh, sin duda se halla en este momento al lado del reo, enterándole del derecho de apelacion que le concede la simple protesta de su inocencia hecha á un sacerdote! ¡Ah, maldito abogado!..... porque no hay duda que si él le defiende, Wilfrido puede ser declarado inocente..... ¡Inocente!... Y en ese caso puede recaer en mí la sospecha... ¡Oh! (*Con rabia.*) Ese Owerten hace muy mal en querer luchar conmigo: que vaya con pies de plomo, porque puedo hacerle pedazos como un vaso de vidrio. Si, no hay remedio; cuando resbala un pie en la sangre es imposible retroceder, y hay que derribar cuantos obstáculos se encuentren al paso, so pena de perecer en la demanda! (*Al Carcelero, que entra en este momento.*) ¿Y maese Owerten?

CARC. Está con el preso.

HORNER. Decidle que deseo verle al instante. (*El Carcelero sube al calabozo de Wilfrido.*) ¿Lograré convencerle? ¿Caerá en el lazo que le preparo? La duda que ha inducido á Owerten á interesarse en este negocio, se funda en la misma enormidad del crímen que se imputa á Wilfrido, en la repugnancia que naturalmente tenemos á admitir que un hijo ha asesinado á su padre: pues bien, yo puedo desvanecer esa duda probando que no se trata de un parricidio por medio de esta carta dirigida por Wandergracef á Wilfrido. Aunque le falta un pedazo. que sin duda rasgué en los momentos de turbacion que siguieron al crímen, todavia queda lo suficiente para probar que Wilfrido no es hijo del Ruart. Aqui viene Owerten: no olvidaré que voy á luchar con un hombre acostumbrado á leer en lo íntimo de las conciencias.

OWER. (*Ap. al bajar la escalera.*) ¿Quién podia tener interés en que esta carta no llegase á manos de Wilfrido? (*Al ver á Horner esconde el papel que le ha entregado Wilfrido: el Carcelero se retira despues de cerrar el calabozo.*)

ESCENA IV.

HORNER, OWERTEN.

HORNER. (*Aparentando el mayor interés.*) Maese Owerten, salis de ver al preso?

OWER. Tengo que daros una buena noticia: antes que llegue la noche habrá recibido un sacerdote su confesion, y mañana podrá apelar segun los trámites regulares al gran Consejo de Holanda.

HORNER. ¡Quiera Dios que logre convencer á sus jueces!

OWER. Cuando su defensor deje de proclamar en alta voz su inocencia, será porque le faltará el aliento, señor conde.

HORNER. (*Ap.*) Ya me lo presumia.

OWER. ¿Y vos, monseñor? ¿venis á traer al preso alguna esperanza? ¿qué quereis de mí? ¡Oh! hablad. ¿qué deseais?

HORNER. Salvarlo, maese Owerten.

OWER. ¿Salvarle?

HORNER. Inocente ó culpable es casi mi hermano, y quiero salvarle por deber y por cariño.

OWER. ¿Pero cómo?

HORNER. Escuchad: esta mañana ha llegado á La Haya la noticia de una importante victoria obtenida por nuestro ejército contra el de Luis de Francia.

OWER. Lo sé.

HORNER. Con este motivo se preparan grandes regocijos y se ha improvisado una fiesta para esta noche: á la caida de la tarde discurrirán mas de cien embarcaciones por ese canal.

OWER. (*Con impaciencia.*) ¿Y qué, monseñor?

HORNER. A las diez una de esas embarcaciones, tripulada por vos y por mi fiel Matias, se alejará de las otras y se acercará á esa verja, cuya llave os entregaré.

OWER. (*Ap.*) ¿Qué intenta?

HORNER. A la misma hora se abrirá la puerta del calabozo, y Wilfrido, acompañado por el carcelero que esté de guardia, á quien habreis sobornado con la cantidad de quinientos florines, será conducido á bordo de un buque que le conducirá á pais extranjero.

OWER. Pero, monseñor, lo que me ofreceis para el preso es la fuga, y huir el que está procesado es confesarse cul-

pable.

HORNER. Es evitar el suplicio.

OWER. Es acusarse.

HORNER. Es absolverse.

OWER. Es la deshonra.

HORNER. Es la libertad... y he contado con vos, maese Owerten, para convencer á Wilfrido á que recobre la suya.

OWER. Pues os habeis engañado, señor conde.

HORNER. ¡Cómo! Considerad que os ofrezco su vida.

OWER. Si, pero lo que yo necesito es su absolucion.

HORNER. (*Ap.*) ¡Insensato!

OWER. (*Con calor.*) Si el puesto del soldado es sobre la brecha, el del acusado inocente es el tribunal: ese es su terreno, y ese su campo de batalla.

HORNER. ¡Y si el inocente sucumbe subirá al cadalso y legará la deshonra á su familia!... No, caballero, no lo consentiré.

OWER. ¡Oh! no temais, monseñor; su calidad de hijo del difunto hará insuficientes las pruebas que le acusan.

HORNER. Es que yo debo despojarle de ese título de hijo. (*Owerten hace un ademan de sorpresa.*) Debo evitar el deshonor de un nombre cuya pureza importa mucho á mi gloria y á la de una ilustre familia.

OWER. ¿Y de qué modo?

HORNER. Probando que Wilfrido no es hijo del Ruart.

OWER. ¿Será posible?

HORNER. Es la verdad.

OWER. (*Ap.*) ¡Ah! (*En alta voz.*) ¿Pero y la prueba? ¿Teneis la prueba?

HORNER. (*Sacando un papel.*) Este escrito del Ruart que yo mismo hallé en la habitacion del acusado.

OWER. (*Con intencion.*) ¿Vos mismo?... ¿Y qué contiene ese escrito?

HORNER. Leedle. (*Le entrega el fragmento de la carta: Owerten con los ojos fijos en él lo toma con mano templorosa. Horner se dirige hácia la verja.*)

OWER. (*Leyendo con emocion.*) «Mi querido Wilfrido: al tomar la pluma para escribirte estos renglones, mis ojos están arrasados en lágrimas y siento un gran peso que me oprime el corazon: al suplicarte que te alejes por algun tiempo de Holanda, no puedo prescindir de revelarte un gran secreto. En presencia de Dios, que me

está mirando, yo el Ruart Wandergracef declaro y juro por mi salvacion que no eres mi hijo. Si, querido Wilfrido, tu padre era... (*Owerten saca del pecho el otro fragmento de la carta, lo une al que está leyendo y continúa á media voz, mientras Horner se asoma al canal.* Era un calcetero de Lóndres llamado Jacobo Dickorley: tu madre se llamaba Ana, y tú me fuiste entregado á los pocos dias de nacer, por manos de un judio. Mucho me aflige el tener que revelarte este secreto que queria llevar conmigo al sepulgro; pero es preciso que sepas que Maria no es tu hermana, y que el amor que la profesas no es un crimen.» (*Ap.*) ¡Ah! ya encontré al asesino.

HORNER. (*Acercándose.*) ¿Qué os parece, maese Owerten? (*Esta oculta el trozo de carta que le entregó Wilfrido.*) ¿Está en forma esa declaracion?

OWER. No puede ser mas completa, y como deciais muy bien hace poco, es muy suficiente para privar de su nombre á ese desgraciado.

HORNER. Y ademas, prueba en cierto modo que Wilfrido asesinó á su bienhechor para evitar el caso de una revelacion pública que iba á arrebatarle de una vez rango y fortuna, á desheredarle de un gran nombre.

OWER. (*Ap.*) Fingiré que me ha convencido.

HORNER. Renunciad á una defensa que como veis es imposible, y ayudadme á salvar á Wilfrido del cadalso.

OWER. Eso no, monseñor: es preciso que el asesino sufra todo el rigor de las leyes.

HORNER. (*Estremeciéndose.*) ¡Cómo! ¿qué decis?

OWER. Hace poco os decia cual es el sitio del acusado: pues bien, en frente del suyo está el del acusador, y ese será el mio.

HORNER. ¡Cielos! ¡vos que deseabais obtener á toda costa la absolucion del reo!..

OWER. (*Con energia.*) Me contento ahora con su cabeza, señor conde. (*Horner se estremece.*) Y yo mismo iré á pedirla á sus jueces con este escrito en la mano!

HORNER. ¡Silencio! ¡abren esa puerta!

ESCENA V.

DICHOS, MARIA, *vestida de luto.*

HORNER. ¡La condesa!

MARIA. He sabido que estabais aquí, y vengo á pediros de rodillas un favor.

HORNER. (*Deteniéndola.*) ¿Qué haceis? levantaos.

MARIA. ¡Ah monseñor! me han negado la entrada en el calabozo de Wilfrido, á mí, que soy su hermana. Despues de las terribles desgracias que me abruman, despues del accidente que me ha tenido como muerta por espacio de tres dias, abro por fin los ojos para experimentar este nuevo dolor. ¡Ah! ¡quiero ver á mi pobre hermano!

HORNER. ¡Vuestro hermano!

MARIA. ¡Ah monseñor! vos que teneis tanta influencia, vos que á la menor señal sereis obedecido, mandad que me conduzcan á su calabozo!

HORNER. (*Haciendo una seña á un carcelero que ha salido á encender el farol.*) Le vereis en mi presencia, señora, y por complaceros me detendré un momento.

MARIA. ¿Un momento?

HORNER. El bien parecer no permite que hagais al acusado una larga visita.

MARIA. El acusado es mi hermano, y ademas es inocente. ¡Oh! ¿y vos no dudais de su inocencia, no es verdad, monseñor?

HORNER. Señora...

MARIA. Y si sus jueces se obcecaran hasta el punto de sentenciarle, si cometiesen esa indignidad, ¿vos no vacilariais en salvar á mi hermano?

HORNER. ¡Vuestro hermano! ¿Y quién os ha dicho, señora, que Wilfrido es vuestro hermano?

ESCENA VI.

DICHOS, WILFRIDO.

WIL. ¿Y quién os ha dicho, monseñor, que no lo soy?

MARIA. (*Corriendo á abrazar á Wilfrido.*) ¡Hermano mio!

HORNER. (*Deteniéndola.*) Señora, de hoy en adelante le habeis de considerar como un extraño.

WIL. (*Ap.*) ¿Quien le habrá dicho?... ¿Será Owerten? (*Dirige una mirada á Owerten, y este le contesta por señas negativamente.*)

MARIA. ¿Como un extraño? ¡Oh, eso es imposible!

WIL. (*Ap.*) Si me ama y llega á saber que no soy su hermano, será desgraciada mientras viva: que ignore este secreto.

MARIA. Wilfrido, hermano mio, no ois lo que dice monseñor?

WIL. Vuestro esposo os engaña, Maria: sois mi hermana, mi querida hermana, no lo dudeis.

MARIA. ¿Pues cómo dice el señor conde?...

HORNER. Digo la verdad, señora.

MARIA. Pero tendreis alguna prueba.

HORNER. La tengo.

WIL. Y esa prueba...

HORNER. Es una declaracion auténtica... es un escrito del Ruart.

WIL. (*Con vehemencia.*) ¿Un escrito del cual solo poseeis la mitad?

HORNER. ¿Cómo sabeis?...

WIL. (*Mirando fijamente á Horner.*) ¡Ah!

MARIA. ¿Con que es verdad, Wilfrido?

WIL. Maria, no, te repito que tu esposo está en un error: déjanos solos por un momento, y verás qué pronto le convenzo de que somos hermanos.

OWER. (*Ap.*) ¿Qué va á hacer?

HORNER. Si, señora, dejadnos, dejadnos.

MARIA. Adios, hermano mio.

WIL. Adios, Maria. (*A Owerten en voz baja.*) Por piedad, lleváosla.

OWER. Venid, señora. (*A Horner.*) Pronto nos volveremos á ver, señor conde. (*Salen.*)

WIL. (*Mientras se aleja Maria.*) Ahora comprendo por qué el anciano no queria nombrar á su asesino.

ESCENA VII.

HORNER, WILFRIDO. (*En el momento en que se hallan solos se dirigen el uno hácia el otro aceleradamente.*)

WIL. ¿Dónde está la prueba de que el Ruart no era mi padre?

HORNER. ¿Dónde está el otro pedazo de la carta escrita por él?

WIL. Señor conde, mi pregunta está delante de la vuestra: responded, ¿dónde está esa prueba?

HORNER. En manos de tus jueces, que declararán públicamente tu impostura: responde tú ahora: ¿dónde está la otra mitad de la carta?

WIL. En manos de uno de mis jueces que la entregará al gran Consejo de Holanda, demostrando públicamente que solo el asesino del Ruart puede poseer la otra mitad.

HORNER. ¡Cielos!

WIL. Por apresurar mi ruina te has vendido á tí mismo.

HORNER. (*Desesperado.*) Dime, ¿quién es el consejero á quien has entregado ese escrito?

WIL. ¡Oh! no lo esperes: ya sé que lo asesinarias.

HORNER. ¿No quieres decirlo?... no importa: yo sabré quién es.

WIL. ¡Miserable, si no eres el mas vil y despreciable de los hombres, dame una espada para librar á Maria de un monstruo y vengar á mi padre de su infame asesino!

HORNER. Tú deliras sin duda. (*Se acerca á la puerta de entrada, la abre y llama.*) ¡Hola! (*Sale el carcelero.*) Conducid al preso á su calabozo.

WIL. (*Ap.*) ¡Oh, y no puedo decir en alta voz que es un asesino sin deshonrar á Maria! (*Entra en su calabozo: el carcelero se retira despues de cerrarlo.*)

ESCENA VIII.

HORNER.

Héme aqui vencido y amenazado de muerte en el momento en que iba á triunfar: ¡vencido por un niño despues de haberlo sido por una mujer! Por una parte me amenaza Wilfrido con esa carta maldita; por otro me llenan de zozobra las amenazas de Batilde, á quien busco inútilmente hace tres dias. ¿La habrá encontrado Matias? ¿Habrá cumplido mis órdenes? ¡Y ese miserable Jacobo que no vuelve! Sin duda estará urdiendo alguna trama contra mí. ¡Ah, donde quiera que vuelva los ojos me hallo cercado de peligros! Es preciso huir: lo conozco: la fuga es el único recurso que me queda. (*Se sienta abrumado en el banco de piedra.*) ¿Pero he de abandonar el campo en el momento en que iba á conseguir la victoria? ¿No seria mas prudente averiguar

quién es el magistrado á quien Wilfrido ha entregado la carta rasgada que puede perderme?... El acusado revelará sin duda el nombre de ese consejero al sacerdote que vendrá esta noche á confesarle... ¡feliz inspiracion! A un sacerdote se le dice todo.

CARC. (*Dentro.*) Por aqui, por aqui, señor sacerdote.

HORNER. ¡Él es!... ¿Pero cómo comprar su conciencia?... Es muy dificil.

JACOBO. (*Dentro.*) Os digo que quiero ver al conde Horner...

HORNER. ¡Jacobo!... ¡Ah, ese me salvará! (*Al Carcelero, que entra en este momento.*) Decid al sacerdote que no podrá ver al acusado hasta mañana al anochecer, y haced que entre ese hombre que desea verme.

ESCENA IX.

HORNER, JACOBO.

JACOBO. (*Entrando bruscamente.*) Es una infamia. (*Horner despide al carcelero.*)

HORNER. ¿Dónde te escondes hace tres dias?

JACOBO. (*Muy agitado.*) Monseñor, hace una hora me hallaba cerca del puente esperando un carruaje para alejar á Batilde de este pais, cuando de repente me la han robado: ¡me han robado á mi hija! ¡Devolvédmela, monseñor, devolvédmela!

HORNER. ¿Estás loco? ¿De quién me hablas?

JACOBO. ¡Ah, es verdad, vos ignorais que Batilde es mi hija!

HORNER. ¿Tu hija?

JACOBO. Si, tengo la prueba, la prueba incontestable. ¡Mi hija, monseñor, mi hija! Haced que vuelva á mis brazos y os devuelvo la carta de Backingham...

HORNER. (*Ap.*) ¡Ah! respiro; por fin ha encontrado Matias á esa mujer maldita.

JACOBO. ¿No respondeis? ¡Santo Dios! Vos no intentareis á pesar de vuestra crueldad... ¡Oh, no, no, perdon, monseñor, no pretendo injuriaros; os lo suplico, os lo pido por compasion, de rodillas!

HORNER. Dame la carta de Backingham.

JACOBO. Tomadla. (*Horner se apodera de ella y la mira con avidez.*) Pero conducidme al lado de mi hija.

HORNER. (*Quemando la carta á la luz del farol.*) Poco á poco. Vol-

verás á ver á Batilde y abandonareis juntos este pais; pero antes de despedirnos, maese Jacobo, necesito la ayuda de un hombre que se halla bajo mi absoluta potestad. Batilde está en mi poder, y me basta hacer una seña para que no vuelvas á verla en tu vida.

JACOBO. ¡Cielos!

HORNER. Lo digo para que veas si estaré bien seguro de tu obediencia y discrecion.

JACOBO. Hablad. ¿Qué mas quereis de mí?

HORNER. Vas á saberlo. (*Al Carcelero.*) Traed al preso, y yo mismo iré á avisar al sacerdote.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Dios mio, tened piedad de un padre infeliz! ¡amparad á mi hija! (*Sale con Horner. El carcelero abre la puerta del calabozo de Wilfrido y sale este.*)

ESCENA X.

El CARCELERO, WILFRIDO.

WIL. ¿No podriais llamar á maese Owerten, mi defensor? Tengo que hablarle al momento.

CARC. Por hoy es imposible: á esta hora no lo permite el reglamento.

WIL. Es que lo que tengo que decirle me interesa en gran manera.

CARC. (*Retirándose.*) Bueno, mañana se lo direis. (*Sale: comienza á oscurecer.*)

ESCENA XI.

WILFRIDO, *despues* JACOBO *y* HORNER.

WIL. (*Agitado.*) ¡Mañana! ¡Oh, tal vez será ya tarde!... Owerten... ¡Si guiado por el interés que le anima en favor mio hubiese hecho ya uso de la carta que le he entregado, no habria medio de salvar de la deshonra el nombre que lleva Maria! (*Despues de una pausa.*) ¡Maria saber que no es mi hermana y tener que morir! Si, no hay remedio, ¡es preciso que triunfe Horner y la muerte! ¡Una horrible fatalidad ha dispuesto que sea sagrado para mí el asesino del noble anciano á quien amaba como á un padre, porque si arrancase la máscara á ese

monstruo, arrancaria al mismo tiempo el honor de su esposa!... ¡Cielos, y cómo evitarlo si no me es posible ver á Owerten! ¡Oh, quizás es demasiado tarde! (*Se sienta abatido en el banco que hay junto á la escalera. Aparecen en el fondo Horner y Jacobo envuelto en una capa negra. En el exterior reina una oscuridad completa: la escena no tiene mas luz que la que despide el farol.*)

HORNER. (*A Jacobo en voz baja.*) Alli está: ya sabes lo que quiero... el nomdre del magistrado que puede perderme... ó la vida de Batilde.

JACOBO. Pero monseñor, lo que exigis de mí es una infamia, una cobardia.

HORNER. (*Empujándole hácia Wilfrido.*) Bien, bien, ya lo sé; pero hazlo y no olvides á Batilde. (*Se dirige hácia el fondo y se oculta detrás de un pilar.*)

JACOBO. (*Ap.*) ¡Dios mio, perdonadme; no tengo valor para ser el asesino de mi hija!

WIL. ¡Ah, sufriria gustoso los mayores suplicios por una hora de libertad! (*Viendo á Jacobo.*) ¡Un sacerdote! ¡Ah, el cielo os envia! Soy inocente, padre mio, y sin embargo no os pido la vida, no os pido que obligueis á mis primeros jueces á romper mi sentencia repitiéndoles mi juramento, no: estoy resignado y debo morir.

JACOBO. ¿Morir?

WIL. ¡Si, padre mio, asi lo quiere la suerte! Ya que no puedo salvar al inocente sino ocupando el sitio del culpable, haré gustoso ese sacrificio.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Generoso proceder!

WIL. El hombre á quien evito el cadalso no tiene derecho á dejar deshonrado su nombre, al paso que el mio bajará á la tumba conmigo.

JACOBO. Luego es cierto que el Ruart Wandergracef...

WIL. (*A media voz.*) No tenia otro título que el de mi bienhechor: ya veis que soy yo quien debe morir: el cielo os ha escogido para persuadir al amigo generoso que desea salvarme, que el empeñarse en ello seria una crueldad.

HORNER. (*Ap.*) ¿Qué dirán?

WIL. ¿No es verdad, padre mio, que consentis en ir á ver á ese hombre?

JACOBO. Si, si, iré; pero hablad mas bajo: ¿cómo se llama?

WIL. Owerten.

JACOBO. ¿Owerten? Está bien.

WIL. Ese es el nombre de mi defensor.

JACOBO. Bien; comprendo.

HORNER. No me es posible oirlos. (*Dasaparece.*)

JACOBO. (*Ap.*) ¡Oh, no le venderé cobardemente!

WIL. Suplicareis á Owarten que no haga uso de la carta que le he entregado hasta que se vea conmigo mañana.

JACOBO. Os lo prometo.

WIL. Aun tengo que pediros un favor, padre mio.

JACOBO. Hablad, pero mas bajo, mas bajo.

WIL. (*Hincándose de rodillas.*) Si, teneis razon, porque solo Dios debe oir lo que voy á deciros: quiero morir y muero inocente, padre mio: prometedme al menos que hareis lo que voy á pediros.

JACOBO. Hablad.

WIL. Prometedme que ireis á Lóndres y hareis cuantas diligencias sean necesarias para avistaros con todos cuantos lleven el apellido de Dickorley.

JACOBO. (*Asombrado.*) ¿Dickorley? (*Se queda con los ojos fijos en Wilfrido.*)

WIL. Para saber de ellos quien tuvo una esposa llamada Ana.

JACOBO. (*Estremeciéndose.*) ¡Ana!

WIL. Y un hijo que fué robado por un judio.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Cielos! (*Se sienta sin fuerzas en el banco.*)

WIL. Si le encontrais por fortuna le direis que tiene dos muertes que vengar: la de su hijo inocente y la del anciano que le sirvió de padre. ¿Lo haréis? ¿no es verdad, padre mio? ¿me lo jurais? ¿No respondeis? (*Se acerca á Jacobo y lo examina.*) ¡Cielos! se desmaya. ¡Ah! ¡en mi calabozo hay agua! (*Sube á su calabozo.*)

JACOBO. *Con voz apagada.*) ¡Es mi hijo, es mi hijo!

HORNER. (*Acercándose y poniéndole la mano en el hombro.*) Jacobo... (*Se estremece.*) ¿Sabeis ya el nombre del magistrado?

JACOBO. (*Turbado.*) El nombre... si, si, monseñor... pero ese jóven os engañaba: no ha dado la carta á nadie.

HORNER. ¿Entonces la tiene él?

JACOBO. ¿Si, si, la tiene él?

HORNER. Es preciso que se la quites.

JACOBO. Pero... ¿y si opone resistencia?

HORNER. ¡Ah! ya comprendo, no tienes armas: toma. (*Le dá un*

puñal.)

JACOBO. (*Estremeciéndose.*) ¿Matarle?

HORNER. O matar á tu hija.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡tened piedad de mí!

HORNER. Toma esta llave: es la de esa verja que dá al canal, donde podrás sumergir el cadaver.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Ah! ¡por ahi salvaré á mi hijo!

HORNER. ¿Vacilas?

JACOBO. No, no, monseñor. (*Empujando á Horner hácia la puerta de salida que hay á la derecha.*) ¡Pero él viene, salid, salid!

HORNER. (*Ap.*) Estaré á la mira.

JACOBO. (*Escuchando.*) Ya se aleja: ¡valor! (*Pasa el cerrojo de la puerta: sale Wilfrido.*)

ESCENA XII.

JACOBO, WILFRIDO.

WIL. No le veo.

JACOBO. (*Abriendo la verja.*) ¡Dios mio! ¡protegednos!

WIL. Esas voces que me han detenido detrás de la puerta cuando iba á salir, me indican que no se hallaba solo. (*Al ver á Jacobo.*) Aqui está.

JACOBO. Este sitio no es el vuestro, jóven.

WIL. ¡Cómo! ¿qué quereis decir?

JACOBO. Quiero decir que es preciso que salgais al momento.

WIL. ¿Qué oigo! ¿luego no sois?..

JACOBO. Soy... soy un amigo de vuestro padre. (*Se quita la capa.*)

WIL. (*Con vehemencia.*) ¿Vive por ventura?

JACOBO. Está en La Haya.

WIL. (*Muy conmovido.*) ¿Mi padre?

JADOBO. Y os manda que me sigais.

WIL. ¡Cielos! ¿es esto un sueño?

JACOBO. Fuera de esta prision encontrareis la realidad.

WIL. ¿No me engañais?

JACOBO. No se llora cuando se miente, y ya lo veis, estoy llorando.

WIL. Si, si, os creo, os creo, pero al menos explicadme...

JACOBO. To lo lo que querais cuando salgamos de aqui. (*Coge del brazo á Wilfrido y se lo lleva hácia el canal: de re-*

pente se detiene.) Decidme, ¿sabeis nadar?

WIL. No.

JACOBO. ¡Somos perdidos!.. pero no, no importa, yo nadaré por los dos: ¡Vamos! (*Al llegar á la verja retrocede sobresaltado.*) Esperad: se acerca una barca en direccion á la cárcel: ¡Cielos! ¡es Horner!

WIL. Ya no es posible el huir.

JACOBO. (*Con vehemencia.*) ¡Al suelo! ¡al suelo! ¡y no pronuncieis una sola palabra! (*Conduce á Wilfrido al pié de la escalera, y le ayuda á tenderse sobre el primer escalon y le echa encima la capa. La barca llega en este momento á la verja y sale de ella Horner.*)

ESCENA XIII.

JACOBO, *con el puñal en la mano*, WILFRIDO, HORNER.

HORNER. (*Fijando los ojos en Wilfrido.*) ¿Muerto?

JACOBO. Muerto.

HORNER. Acerca el cadáver á ese farol: necesito una prueba de tu abediencia.

JACOBO. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡inspiradme!

HORNER. ¿Qué esperas?

JACOBO. ¿Una prueba? (*Se mete disimuladamente en el seno la mano armada con el puñal.*)

HORNER. Si, una prueba.

JACOBO. Aqui la teneis, monseñor, la sangre que tiñe vuestro puñal.

HORNER. Bien está; ¿pero qué tienes? te has puesto pálido como un cadáver. (*Acercándose á Jacobo.*) responde ¿qué tienes?

JACOBO. No sé, sin duda la emocion...

HORNER. Despacha, registra el cadáver.

JACOBO. Ya lo está.

HORNER. (*Con ansia.*) ¿Tienes la carta?

JACOBO. La tengo, monseñor.

HORNER. Dámela.

JACOBO. Eso no; me la quedo.

HORNER. ¡Miserable!

JACOBO. Seré lo que querais; pero no me dejaré engañar dos veces como un niño; tendreis la carta cuando yo vea

á mi hija: de otro modo no conteis con ella, monseñor.

HORNER. (*Despues de vacilar un momento.*) Está bien; pero antes arroja ese cadáver al canal. (*Jacobo se estremece.*) ¿Qué vacilas? vamos, maese Dickorley. Ten un poco de valor, y toda vez que has asesinado, sepulta á tu víctima.

WIL. (*En voz baja.*) ¿Dickorley?

JACOBO. (*Lo mismo dirigiéndose á Wilfrido sin mirarle.*) ¡Silencio! ¡silencio! (*Ap.*) ¡Horrible alternativa! ¡tengo que optar entre la muerte de mi hijo y la de mi hija! ¡Ah! ¡monstruo!

HORNER. ¡Al canal, al canal!

JACOBO. (*Ap.*) A una voz de Horner acudirán los carceleros y somos perdidos. ¿Qué haré, Dios mio, qué haré? (*De repente se ilumina el canal y se oye á lo lejos una música animada y algunos cantos de victoria.*) ¡Cielos! ¡son los festejos para celebrar la victoria! se ha salvado, se ha salvado. (*Se ven discurrir por el canal un gran número de barcas empavesadas y llenas de faroles y gallardetes de colores: Jacobo añade en alta voz.*) En este momento es imposible arrojadlo, monseñor.

HORNER. Tengo que ir á ocupar mi sitio entre los miembros del consejo, los cuales habrán notado ya mi ausencia; ¿pero qué hacernos con el cadáver?

JACORO. Fiad en mi prudencia, monseñor, cuando se alejen las góndolas, haré desaparecer la prueba de nuestro crimen: id sin temor; pero tened presente que Batilde es mi hija, y que estoy resuelto á perderos si cae un solo cabello de su cabeza.

HORNER. Esta noche te la entregaré en mi casa. (*Entra en la barca.*)

JACOBO. No faltaré, monseñor. (*Se aleja la barca y Wilfrido se levanta con presteza: Jacobo y él permanecen inmóviles á alguna distancia uno de otro contemplándose con emocion.*)

WIL. ¡Dickorley! ¿no ha dicho Dickorley? (*Jacobo le abre los brazos. Wilfrido se arroja en ellos esclamando.*) ¡Padre mio!

JACOBO. Un esfuerzo mas y te salvas. (*Abre la puerta de salida.*) Los carceleros han visto entrar un sacerdote, y no dudarán en dejar el paso libre al que lleve esta capa. (*Le pone la capa.*)

WIL. ¿Y vos, padre mio?

JACOBO. Dentro de un cuarto de hora nos reuniremos en el puente. (*Corriendo á la puerta del fondo.*) Yo llegaré antes que tú. (*Se arroja al canal: Wilfrido llama á la puerta lateral. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un salon. En el fondo una gran puerta con una espaciosa galeria. A la derecha una puerta cubierta con un tapiz. Delante una gran ventana. A la izquierda el oratorio de la condesa. En primer término una papelera.—Al levantarse el telon se oyen dar las diez. Algunos criados abren la puerta del fondo, y entra Horner.

ESCENA PRIMERA.

HORNER.

(*A los criados.*) Llamad á Matias. (*Salen los criados.*) Las diez: ¡qué noche he pasado! ¡Qué de afanes y fatigas rodean sin cesar al ambicioso! (*Deja el baston y el sombrero sobre un sillon junto á la puerta de la derecha, y se sienta delante de la ventana.*) Rotterdam ha dado ya el primer paso revocando el edicto llamado perpétuo: esperemos. (*Despues de una pausa.*) Jacobo vendria anoche por su hija, y Dios sabe lo que pensaria al ver que no estaba en casa: hoy volverá probablemente. ¿Qué haria para deshacerme de ese temible cómplice? porque no hay duda, aunque le entregue á su hija, aunque le colme de honores y riquezas, siempre existirá en el corazon de Jacobo ese odio inveterado, que solo

puede extinguir mi muerte... mi muerte... ó la suya. (*Matias abre la puerta del fondo.*) ¿Quién es?

ESCENA II.

HORNER, MATIAS.

MATIAS. Soy yo, señor conde: ¡al fin os vuelvo á ver! ¡Si supierais la inquietud que vuestra imprevista ausencia ha causado á todos los criados!

HORNER. Y á tí en particular, Matias; á tí, que eres el mas fiel de todos ellos. Pero dime ¿qué hace la condesa? ¿dónde está?

MATIAS. En su oratorio, donde ha pasado la noche de rodillas: voy volando á anunciarle vuestra llegada.

HORNER. Es inútil. ¿Ha venido Jacobo?

MATIAS. Anoche por primera vez, y no hallándoos en casa, se empeñó en ver á la señora condesa.

HORNER. Pero tú te opondrias.

MATIAS. No, monseñor; lloraba como un niño y me dió compasion: el pobre hombre partia las peñas. No sé qué diria á la condesa por espacio de dos horas que estuvo hablando con ella; pero lo que puedo decir es que cuando se separaron lloraban los dos. Esta mañana ha venido el señor Jacobo dos veces y me ha dicho que volveria.

HORNER. ¿Y Batilde?

MARIA. (*Saliendo de su oratorio, aparte.*) ¿Batilde? Es la hija de quien tanto me ha hablado el pobre Jacobo. Oigamos.

MATIAS. Por fin conseguí encontrarla cerca del puente y la conduje á presencia del burgomaestre.

MARIA. (*Ap.*) ¡Ah!

HORNER. ¿Y el burgomaestre ha reconocido que padece una enajenacion mental?

MARIA. (*Ap.*) ¡Oh! corramos á salvarla. (*Sale.*)

HORNER. ¿No respondes? ¿Por ventura el juez no la ha encerrado como loca?

MATIAS. No, señor conde: siento mucho deciros que os habeis engañado... esa mujer no está loca.

HORNER. ¡Cómo! ¿Y el burgomaestre la ha puesto en libertad?

MATIAS. (*Con tristeza.*) ¡Ay! no, señor: como la jóven lloraba sin cesar y se negaba á responder á sus preguntas, ha

mandado que la condujesen á la cárcel por vagabunda

HORNER. ¿Por qué no lo decias?

MATIAS. Os aseguro, monseñor, que no puedo ver llorar á una mujer.

HORNER. (*Ap.*) ¡Me abruma este criado con su estúpida honradez. (*A Matias.*) Bien está: retírate.

MATIAS. Es que... aun tengo que deciros, monseñor, que esta noche pasada he oido al extremo de esa galeria (*Indica la puerta de la derecha.*) unos golpes con los cuales parecia que intentaban derribar la puerta de vuestra habitacion.

HORNER. (*Asombrado.*) ¿Qué decis?

MATIAS. Acudí al momento y ví que en efecto la habian abierto: penetré en la habitacion y de repeute se arrojó sobre mí un hombre, me arrastró hácia la ventana, por donde penetraba la luna, y derribándome con furia en el suelo, se puso de un salto en el jardin.

HORNER. ¿Y no le conociste?

MATIAS. No, monseñor: el suceso fué tan instantáneo, que no pude hacerme cargo; pero gracias á Dios quedó en mi poder un objeto que podrá servirnos para descubrir al culpable.

HORNER. ¿Y cuál es?

MATIAS. Una capa de sacerdote que el infame ladron se dejó al pie de la escalerilla, por la cual se introdujo en esta habitacion.

HORNER. (*Ap.*) ¿Una capa de sacerdote? Era Jacobo que venia á asesinarme. ¡Oh, qué idea!

MATIAS. ¿Teneis sospechas?

HORNER. Tengo mas que sospechas, Matias: no es un ladron el hombre que ha penetrado en mi estancia... es un asesino.

MATIAS. ¡Un asesino! ¡Oh! á haberlo yo sospechado siquiera, con la muerte hubiera pagado su infame proyecto.

HORNER. (*Ap.*) ¡Bien, eso deseaba yo! (*A Matias.*) Si, Matias, ese hombre se oculta bajo la capa de sacerdote para eludir las sospechas de la policia.

MATIAS. ¡Qué sacrilegio!

HORNER. Es uno de esos franceses que detestas por ser los enemigos de tu pais; y desea mi muerte, porque soy el salvador de las provincias unidas.

MATIAS. ¡Oh, ya comprendo: quisiera deshacerse de nuestro

jefe para llegar con mas seguridad al corazon de nuestros Estados!

HORNER. (*Tomando la mano á Matias.*) Eso es; me has comprendido, amigo mio.

MATIAS. (*Haciendo una reverencia con humildad.*) ¡Ah, monseñor!

HORNER. Ese miserable, á quien no has podido conocer, se ha ofrecido á mi vista mas de una vez, acechando la ocasion de matarme impunemente: esta misma mañana, al entrar por una de las puertas de la ciudad, le he visto que se escondia detras de un árbol; y si es cierto el aviso que me han dado, hoy es el dia en que piensa llevar á cabo su infame atentado. No tardará en volver, Matias.

MATIAS. ¡Cómo! ¿Creeis que tendrá la audacia?...

HORNER. Te digo que volverá: su resolucion es invariable, y sé que ha recibido órdenes perentorias.

MATIAS. De ese modo es preciso poner centinelas en la escalerilla.

HORNER. Nada de eso: no quiero que le prendan, porque ese agente de la política francesa lleva consigo algunos papeles que quisiera ver yo solo: es preciso que muera secretamente y que reciba el castigo de sus criminales tentativas por mano de un amigo fiel y discreto que guarde silencio hasta que yo disponga lo contrario.

MATIAS. (*Con entusiasmo.*) Pues ese hombre fiel que ha de preservar á mi pais de la invasion extranjera y salvar la vida del gobernador de La Haya, seré yo, monseñor.

HORNER. (*Estrechándole la mano.*) Gracias, amigo mio: no esperaba yo menos de tu amistad y de tu patriotismo... Esa estrecha galeria que la oscuridad hace intransitable, es la única por donde el asesino puede llegar hasta mi persona.

MATIAS. Comprendo, monseñor.

HORNER. Pues anda, y Dios te ayude, bizarro holandés.

MATIAS. Contad conmigo, monseñor.

HORNER. Colócate en el sitio oportuno, y espera con calma el momento favorable.

MATIAS. Señor, os he dicho que conteis conmigo, y Matias no falta nunca á sus palabras. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

HORNER, *despues* JACOBO.

HORNER. Está visto que en la tierra no hay nada imposible para Urbano Backinson. Jacobo desea mi muerte, y como está impaciente por vengarse, no tardará en volver. (*Se asoma á la galeria.*) El sitio no puede ser mas tenebroso, y Matias tiene ya á estas horas el puñal levantado. Jacobo no tiene mas que dar algunos pasos y no volverá á hacerme temblar con sus amenazas. (*Cierra la puerta.*) Por otra parte, la Holanda está minada, la mecha encendida, y el primer grito de ¡viva Horner, viva el Stathouder! será la señal de la explosion. (*Abren con violencia la puerta del fondo.*) ¿Quién viene?

JACOBO. ¡Mi hija!

HORNER. ¡La carta!

JACOBO. (*Con violencia.*) ¡Mi hija, mi hija ante todo, ó sois muerto!

HORNER. Ya lo estaria, si me hubieras encontrado esta noche en mi cuarto, ¿no es verdad?

JACOBO. ¿Qué quereis decir?

HORNER. Quiero decir que la capa de sacerdote que te dí en la prision se halla en mi poder, y que te has introducido esta noche en mi casa para asesinarme.

JACOBO. (*Ap.*) ¿La capa? Será mi hijo el que ha venido...

HORNER. Ya ves que lo sé todo.

JACOBO. Pues bien, si, yo soy el que he venido á obligarte á que me devuelvas á mi hija.

HORNER. ¿Por medio de la violencia?

JACOBO. (*Amenazándole.*) ¡Por medio de un asesinato, si es necesario!

HORNER. Tranquilízate: quiero ahorrarte un crimen inútil: toma: esta llave es la de una sala baja situada al estremo de esa galeria: alli encontrarás á Batilde.

JACOBO. ¿No me engañas?

HORNER. ¿Me has dado ya la carta por ventura?

JACOBO. Es verdad.

HORNER. ¡Date prisa!

JACOBO. (*Dirigiéndose á la galeria.*) ¡Voy á ver á mi hija!

HORNER. (*Ap. dirigiéndose hácia el fondo.*) Dentro de un instante

no temeré tus amenazas. (*En el momento en que Jacobo va á penetrar en la galería, se abre la puerta del fondo y entra Wilfrido. Al oir su voz Jacobo se detiene y queda oculto detrás del tapiz.*)

ESCENA IV.

DICHOS, WILFRIDO.

WIL. Deteneos, conde.

HORNER. (*Retrocediendo.*) ¡Wilfrido!

JACOBO. (*Ap.*) ¡Mi hijo!

WIL. Si, Wilfrido, que viene á librarte del cadalso, y á ofrecerte un duelo á muerte.

JACOBO. (*Ap.*) ¿Qué intenta?

WIL. (*Quitándose la capa y sacando la espada.*) ¡En guardia, señor conde!

HORNER. ¡Imprudente! ¡aqui no tienes nadie que te defienda y no somos mas que dos! (*Le ataca con la espada.*)

JACOBO. (*Cogiendo el baston que Horner ha dejado junto á la puerta donde se halla oculto, y desarmándole de un revés.*) Somos tres, monseñor.

HORNER. ¡Cielos! ¡Jacobo!

WIL. ¿Vos aqui, padre mio?

HORNER. (*Asombrado.*) ¡Su padre!

JACOBO. Si, su padre: ya veis monseñor, que he representado bien mi papel.

WIL. Creias que era cosa muy fácil deshacerte de mí, ¿no es verdad? ¡Oh! al cometer el crimen que pesa sobre tu conciencia, no tuviste presente que á mí solo pertenecia el derecho de vengar al padre de Maria.

HORNES. Pues bien, acepto; voy á darte la satisfaccion que me pides. (*Va á recoger la espada; pero Jacobo le pone el pié encima.*)

JACOBO. Poco á poco, señor conde: el lance no os puede dar ninguna gloria. Wilfrido es hijo de un plebeyo, educado por caridad en casa del padre de vuestra esposa, y vos necesitais un enemigo de mas alta alcunia. Wilfrido no es digno de medir su acero con un personaje de vuestro rango y de vuestro mérito: en una palabra, la partida es muy desigual. (*A Wilfrido.*) Tú, pobre niño, tienes un alma cándida é inexperta, al paso que

monseñor tiene un alma de cieno muy abezada al crimen y á la infamia. Tú, mancebo noble y generoso posees un corazon honrado y afectuoso, que aunque inaccesible á todas las pasiones bastardas y criminales, no lo seria quizá para la hoja de una espada; al paso que el señor conde tiene un corazon de hierro en cuyo orin se han incrustado todos los vicios humanos. ¡Oh! no lo dudes, noble mancebo, un corazon semejante es una coraza impenetrable, y la hoja de tu espada se romperia sin hacerle mella: la partida no es igual.

HORNER. ¡Jacobo!.. estás perdiendo en palabras ociosas el tiempo que debias emplear en dar libertad á tu hija. (*Indicándole la puerta de la derecha.*) Créeme: ves á buscarla.

WIL. ¿Mi hermana?

JACOBO. Toma esta llave, Wilfrido: al extremo de esa galeria hay una sala baja: vuela, hijo mio, vuela á dar la libertad á tu hermana! (*Recogiendo la espada.*)- Yo entre tanto no perderé de vista á ese hombre.

BATILDE. (*Dentro.*) ¿Dónde está el conde Horner? ¡quiero verle!

JACOBO. (*Estremeciéndose.*) ¡Cielos! es la voz de Batilde. (*Deteniendo á Wilfrido, que se halla ya á la puerta de la galeria.*) ¡Detente, Wilfrido! sin duda nos tendia un lazo.

HORNER. (*Ap.*) ¡Maldicion!

JACOBO. Me engañabas otra vez, ¡infame! (*Se abre la puerta del fondo y entra precipitadamente Batilde.*)

ESCENA V.

DICHOS, BATILDE *y* MARIA.

BATILDE. (*Al entrar.*) ¿Dónde está? ¿dónde está?

JACOBO. ¡Hija mia! ¡Batilde! ¡al fin te vuelvo á ver!

WIL. (*Corriendo á recibir á Maria y á su hermana.*) ¡Maria! (*A Batilde.*) ¡hermana mia!

JACOBO. (*A Batilde, que se encuentra sorprendida.*) ¡Si, es mi hijo, es tu hermano! (*Los dos jóvenes se abrazan: en este momento se oyen aclamaciones lejanas: Horner escucha atentamente.*)

HORNER. ¿Qué gritos son esos?

BATILDE. ¡Ah! ya recuerdo: todo lo habia olvidado en los brazos

de mi padre y de mi hermano. (*Dirigiéndose á Horner.*) Huid, señor conde, huid: os amenaza un gran peligro!

HORNER. ¿A mí?... no... es imposible.

BATILDE. No lo dudariais si como yo hubierais visto correr por la ciudad al pueblo exasperado, que me llenó de espanto al salir de la cárcel.

JACOBO. ¡De la cárcel!

BATILDE. Si, padre mio, errante, abandonada y sin amigos, me habian recogido por vagabunda, cuando esta señora se ha dignado pedir mi libertad. (*Jacobo da las gracias por señas á Maria.*) Al salir á la calle he oido por todas partes terribles aclamaciones, y he seguido temblando á esta señora. (*A Horner.*) Habeis mandado que me prendiesen, y en cambio quiero salvaros la vida: ¡huid!

HORNER. (*Ap. con terror.*) Si, aun se oyen los gritos: será cierto que el pueblo de quien esperaba el poder me anuncia el suplicio? ¡Ah, huyamos, huyamos!

JACOBO. (*Que no le ha perdido de vista un momento, echa la llave á la puerta del fondo y le cierra el paso.*) ¡Alto, monseñor! No se permite la salida: estoy yo de guardia y os juro por el alma de mi padre que no os dejaré escapar. (*Le enseña la llave*) El pueblo te asesinaria si salieses á la calle, y has de sufrir una muerte mas afrentosa: debes acabar como un criminal y no como un mártir. ¿Me has comprendido?

HORNER. Perfectamente, y eso me recuerda la historia de un verdugo...

JACOBO. ¡Miserable! ¡Una palabra mas y eres muerto!

HORNER. (*Con frialdad.*) ¡Hiere: no harás con ello mas que desempeñar tu oficio: Jacobo Dickorley, verdugo de Lóndres! (*Jacobo retrocede lentamente y como abrumado: Wilfrido, Batilde y Maria hacen un ademan de asombro y vuelven á otro lado la cabeza humillados: momento de silencio*)

JACOBO. (*Ap. llorando.*) ¡Me desprecian, me desprecian mis hijos!

HORNER. Pero falta un paraque de lo que he dicho. (*Abre la papelera, y sacando un pergamino lo tira á los pies de Wilfrido.*) Aqui está.

JACOBO. ¡El pacto!

HORNER. Ya ves el efecto que han causado mis palabras, Jacobo... Tus hijos se alejan de tí y te desprecian... Ahora

ábreme esa puerta.

JACOBO. (*Conmovido.*) Te engañas, Horner: mis hijos tienen un corazon mas generoso, y cuando me oigan jurar por las cenizas de su madre que eres un vil impostor, me creerán: cuando les diga que mis manos estan puras, y que ese pacto infame es el resultado de tus viles ardides, me creerán tambien: cuando les diga que ese oficio degradante es mas propio de un asesino como tú que de un hombre honrado como Jacobo Dickorley, me creerán ciegamente, ¿lo oyes? me creerán. (*A medida que habla Jacobo, Wilfrido y Batilde, que se hallan profundamente conmovidos, se van acercando á Jacobo y se arrojan por fin á sus pies. Jacobo los levanta con sumo gozo y los estrecha en sus brazos.*) Por esta vez, conde Horner, no han podido alcanzarme tus tiros, y el arma te se ha roto entre las manos. ¡Oh, no volverás á hacer uso de ese pacto infame! (*Lo rasga: se oyen aclamaciones cercanas.*)

HORNER. (*Aterrado.*) ¡Cielos, el pueblo se acerca!

BATILDE. (*Que al oir los gritos corre hácia la puerta del oratorio.*) ¡Por este lado no hay ninguna salida! ¡Padre mio, van á asesinarle!

JACOBO. (*Guardando la puerta.*) Tambien él me ha asesinado lentamente por espacio de trece años. (*Aumenta la griteria y comienzan á golpear la puerta del fondo.*)

WIL. (*Escuchando.*) La muchedumbre ha invadido ya la casa.

MARIA. ¡Salvadle, amigos mios; no evitará la justicia de Dios!

BANILDE. (*Abriendo la puerta de la galeria.* ¡Ah!

HORNER. (*Desesperado.*) ¡Jacobo, por piedad... déjame salir!

JACOBO. ¡No, no!

HORNER. (*Desesperado.*) ¡Hombre inflexible!

JACOBO. Como vos, monseñor.

HORNER. ¡Oh, por dónde, por dónde podré huir!

BATILDE. (*Empujando á Horner hácia la galeria.*) Por aqui, conde Horner, por aqui. (*En este momento cae la puerta del fondo y penetra la muchedumbre. Batilde cierra la puertecilla y se coloca delante como para defender la entrada.*)

JACOBO. (*Corriendo hácia ella.*) ¿Qué haces, Batilde?

BATILDE. Le salvo la vida, padre mio

HORNER. (*Dentro.*) ¡Soy muerto!

BATILDE. ¡Cielos, ese grito! (*Abre la puerta y sale Horner desfallecido.*)

EL PUEBLO. ¡Viva Horner! ¡viva el Stathouder! (*Batilde y Maria le ayudan á sentarse en un sillon.*)

HORNER. ¡Me ha asesinado en la oscuridad, creyendo que era Jacobo!

JACOBO. ¡Cielos, habias apostado un asesino en esa galeria para deshacerte de mí! ¡El cielo es justo, Horner!

HORNER. ¡Morir! ¡morir en el momento en que veia colmada mi ambicion! ¡morir cuando me aclama el pueblo! (*Quiere apoderarse de las insignias que traen dos pajes.*) ¡Morir en el punto en que mis manos iban á tocar los signos del poder!... ¡Justicia de Dios! (*Espira. Wilfrido se halla durante estas últimas palabras entre Batilde y Maria y las tiene abrazadas por la cintura. En el momento en que sale Horner de la galeria, el pueblo queda asombrado, y algunos penetran precipitadamente en busca del asesino.*)

WIL. ¡Maria! ¡Batilde! ¡rogad por él al cielo, y Dios tendrá piedad de su alma, porque su misericordia es infinita como su poder!

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

haques de la vejez.
ngela.
ectos de odio y amor.
canos del alma.
iar despues de la muerte.
mejor cazador...
aque quieren las cosas.
ior es sueño.
cabo de los años mil...
ircon.
aza de herencias.
aza de cuervos.
iante, rival y paje.
ior, poder y pelucas.
llegar á Madrid.

nito viaje.
adicca, *drama heróico.*

n razon y sin razon.
ñizares y Guevara.
mo se rompen palabras.
sas suyas.
nspirar con buena suerte.
smes, parientes y amigos.
la cual ama á su modo.
ciuero y Capitan.
n el diablo á cuchilladas.
stumbres políticas.
tamidades.
ntrastes.

n Sancho el Bravo.
n Bernardo de Cabrera.
audaces es la fortuna.
s sobrinos contra un tio.
Primo Segundo y Quinto.

anillo del Rey.
amor y la moda.
chal de cachemira.
caballero Feudal.
cadete,
pinas de una flor.
s un ángel!
5 de agosto.
tre bobos anda el juego.
escondido y la tapada.
mangas de camisa.
rigor de las desdichas, ó Don
ermógenes.

¡Está loca!
Esperanza.
El Gran Duque.
El afan de tener novio.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.
Echarse en brazos de Dios.
El rico y el pobre.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El Niño perdido.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El amor por la ventana.
El juicio público.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda
Historia china.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La córte del Rey poeta.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias,
La libertad de Florencia.
La Crisis.
Los estremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlu.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.

No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro *(Patron de Madrid)*
Su Imagen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minuto
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Un historia del dia.

Un pollito en calzas prietas
Un si y un no.
Un Huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Virginia.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de una Reina.
Escenas de Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.

El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*su musica*).
Tres para una.
La Cisterna encantada
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte Don Simon.)
Cuarzo, pirita y alcohol.
La vergonzosa en palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.

La Cazerla Real.
El Hijo de familia ó el Lancero voluntario.
Los Jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archicbque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas
Claveyina la Citana.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mujeres.
Los dos Flamantes.
Pedro y Catalina, ó el Gran Maestro.
Los dos ciegos.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.